

## **PERSONAJES**

**EDUARDO II:** Rey de Inglaterra.  
**ISABEL:** Reina de Inglaterra.  
**ORLETON:** Obispo de Hereford.  
**TOLOMEI:** Banquero judío.  
**MORTIMER:** Barón de Wigmore.

**ACTO I****ESCENA I****INGLATERRA**

*La escena está a oscuras. Lentamente la luz nos muestra en penumbra a dos figuras estáticas situadas en primer término, en el lado izquierdo; son Isabel y Orleton simulando jugar una partida de ajedrez. Tras unos segundos la luz los envuelve componiendo un cuadro. Una ligera pausa y ambos rompen su mutismo.*

ISABEL.- Ahora podéis hablar, Monseñor. *(Moviendo una figura del tablero al azar)*

ORLETON.- Majestad, me temo que en este palacio, hasta las cortinas disponen de oídos.

ISABEL.- Os preocupáis en demasía. El rey está retozando con su amante y sólo escucha las zalamerías que desprenden sus libertinos labios.

ORLETON.- Aunque eso sea cierto, ¿no sería más oportuno para nuestra salud que mantuviéramos esta conversación lejos de estos aposentos?

- ISABEL.- Hablad de una vez, atrás quedó ya el tiempo de los recelos y las zozobras. Debemos ser conscientes y afrontar esta situación.
- ORLETON.- Como vos gustéis, Majestad. (*Mueve una figura al tiempo que mira a su alrededor, asegurándose de que están solos.*) Mortimer ha sido liberado.
- ISABEL.- (*Emitiendo un suspiro.*) Gracias a Dios.
- ORLETON.- Y a vuestra Señora.
- ISABEL.- ¿Dónde se encuentra?
- ORLETON.- En algún punto de la costa, allí un barco lo llevará a Francia, donde vuestro primo Roberto de Artois le aguarda con sus hombres.
- ISABEL.- ¿Cuál será el siguiente paso?
- ORLETON.- Mi señora, creo que debéis partir cuanto antes para tierras francesas, no hay duda de que aquí vuestra vida corre un grave peligro.
- ISABEL.- Aunque vuestras sospechas sean ciertas, Eduardo nunca permitirá que abandone Inglaterra.
- ORLETON.- Quizá os equivoquéis... (*Orleton se calla, parece que ha escuchado unos pasos.*) ¿No habéis oído algo?
- ISABEL.- (*Irónica.*) Sí, los latidos de vuestro temeroso corazón. Continúa.
- ORLETON.- Vuestro hermano el rey de Francia, ante la negativa de nuestro rey Eduardo a rendirle vasallaje por Aquitania, ha ocupado la Gascuña y Ponthieu.
- ISABEL.- Eso significa la guerra.
- ORLETON.- No, majestad, si sabemos utilizar los elementos que nos brinda tal provocación. El rey precisa de alguien que negocie en su nombre la devolución de los territorios. Alguien

inteligente, y que disponga de cierto trato de favor con la corona francesa.

ISABEL.- ¿Estáis insinuando, Monseñor, que ese emisario del rey podría ser yo?

ORLETON.- ¿Conocéis a alguien que supere vuestra capacidad para tal menester, mi Señora?

*Se oyen unos pasos. Orleton, temeroso, coge una figura y la mueve intentando disimular. En la escena aparece corriendo Eduardo con una amplia sonrisa, al verlos cambia el rumbo de su carrera y se esconde como un niño delante de ellos, amparado por la mesa y el tablero de ajedrez.*

ORLETON.- *(Violento.)* ¡Majestad!

EDUARDO.- *(Mandándola callar.)* ¡Sschhh! Callad, no deben saber que me hallo aquí.

ISABEL.- ¿Quién mi Señor?

EDUARDO.- El Obispo de Exeter.

ISABEL.- ¿El tesorero real?

EDUARDO.- ¡Sshh! Seguid, seguid jugando.

*Hay unos segundos de confusión. Eduardo sonríe alegre en su improvisado escondite. Orleton mira a la reina, no saben que hacer, ni a quién le toca mover pieza.*

ISABEL.- *(Tras la pausa.)* ¿Puedo preguntaros por qué motivo os escondéis de él?

EDUARDO.- Ya lo habéis hecho.

ISABEL.- *(Viendo que Eduardo se calla.)* ¿Y?

- EDUARDO.- *(Con cierto fastidio.)* Veo que mi señora ignora la virtud de la discreción. Dudo que podáis jugar al ajedrez si no paráis de hablar.
- ORLETON.- Comprended, majestad...
- EDUARDO.- *(Cortándole.)* Orleton, vos no habéis pedido permiso para preguntar.
- ORLETON.- Disculpad, mi señor, pero no era mi...
- EDUARDO.- *(Cortándole.)* Otro que desconoce el silencio. Orleton, así seréis un mediocre jugador de ajedrez. Estaríais mejor cotilleando las frivolidades de la corte. *(Irónico.)* ¿O es lo que hacíais?
- ORLETON.- *(Ofendido.)* ¡Majestad!
- EDUARDO.- *(Mandándole callar.)* ¡Sshh! No levantéis tanto el tono o me hallarán esos buitres.
- ISABEL- Comprended que no es fácil concentrarse en el juego con vos aquí escondido.
- EDUARDO.- ¡Oh! Presiento que os he interrumpido en un momento importante de... “la partida”. *(Saliendo de su escondite)* No tendré más remedio que contároslo. Bien, escuchad, el obispo de Exeter y Maese Tolomei me persiguen para hablar de la deuda que la corona ha contraído con ese banquero judío. ¿Os podéis imaginar que conversación más vulgar? *(Los mira con detenimiento.)* Sí, supongo que os la podéis imaginar.
- Bien, ya os he contado mis tribulaciones, ahora continuad con vuestro aburrido... “juego”.

*Eduardo observa el tablero. Orleton y la Reina se miran. No saben qué hacer e ignoran a cuál de los dos le tocaría mover. Por fin, Orleton se dispone a mover una pieza.*

EDUARDO.- *(Impidiendo el movimiento.)* Hm, hm. Monseñor Orleton, no os atreveríais a hacer trampas a vuestra reina.

ORLETON.- Nada más lejos de mi intención, majestad.

EDUARDO.- Si conocéis las reglas, no podéis mover dos veces consecutivas sin que vuestro oponente haya realizado su jugada. Y o mucho me equivoco o vos hicisteis el último movimiento.

ORLETON.- *(Nervioso.)* Tenéis razón, mi señor, con la interrupción lo había olvidado. *(A la Reina.)* Perdonad mi error, majestad, os toca mover.

*Isabel duda. Coge un peón cualquiera pero...*

EDUARDO.- Hm, hm. Como me temía, mi señora no es una avezada jugadora de ajedrez. Orleton sabéis elegir a vuestros adversarios, así nunca perderéis. Me congratula ver que la Iglesia os ha contagiado con sus habilidades. Isabel, no podéis mover esa pieza.

ISABEL.- *(Irritada.)* ¿Por qué? ¿Tal vez queráis vos terminar la partida?

EDUARDO.- Nunca me atrevería a inmiscuirme en vuestros asuntos. Pero el obispo os está dando jaque al rey. ¡Jaque al rey! *(Sonriendo.)* Sois osado Orleton.

ORLETON.- Sólo en el juego, mi señor.

EDUARDO.- *(Cínico.)* Eso espero.

- ISABEL.- Entonces la partida ha concluido.
- EDUARDO.- Si no sois capaz de salvar a vuestro rey, efectivamente. *(Cogiendo la figura de la reina.)* Nunca me ha gustado este juego. El rey apenas posee movimientos, mientras que la reina lleva todo el peso de la batalla.
- ISABEL.- Para no gustaros, entendéis bastante.
- EDUARDO.- Es obligación de un monarca conocer todos los juegos que se practican en la corte. ¿No creéis?
- ISABEL.- Si vos lo decís.
- EDUARDO.- Este es su sitio... *(Deja la pieza en el tablero a los pies del rey.)* Y hablando de juegos... Mortimer ha huido de su prisión en la Torre. ¿No os extraña?
- ISABEL.- ¿Por qué habría de extrañarme? Es habitual que cualquier reo desee escapar de su presente.
- EDUARDO.- Sin duda, mi señora, aunque éste desearía escapar hasta de su futuro. Pero yo me refería a que no es fácil huir de la torre sin que alguien te preste una valiosa ayuda. ¿No os parece, Orleton?
- ORLETON.- Lo ignoro, majestad, ya que nunca he estado prisionero en la torre.
- EDUARDO.- No os lo recomiendo, seguro que no disfrutaríais de partidas de ajedrez tan “amenas”. Al parecer emborracharon a la guardia de la Torre y un corrupto teniente ayudó al traidor. Me pregunto, ¿cómo habrá podido ocurrir?
- ISABEL.- Tal vez si prestarais tanta atención a vuestros soldados como a las gentilezas de vuestros protegidos, habríais podido evitarlo.
- EDUARDO.- Eso es lo que nos diferencia, señora, a mí me perderá el amor y a vos la lengua.

- ORLETON.- *(Violento se levanta.)* Majestad...
- EDUARDO.- *(Cortándole.)* ¿Os indispone nuestra sutil conversación, Orleton?
- ORLETON.- Majestad, no me complace escuchar conversaciones privadas.
- EDUARDO.- ¿Desde cuando? La iglesia suele sacar grandes prebendas gracias a que se esmera escuchando las conversaciones privadas. ¿O vos ya no confesáis? ¡Sentaos!
- Mi reina, es de suponer que vuestra dama de compañía y esposa del traidor, lady Juana, no os hizo participe de esta arriesgada aventura.
- ISABEL.- Es de suponer.
- EDUARDO.- Por cierto, tendréis que escoger otra dama de compañía, desgraciadamente lady Juana ha sido destinada al castillo de Wigmore y recluida en sus aposentos.
- ISABEL.- ¡Ella no ha podido urdir la huida de su esposo!
- EDUARDO.- Entonces, ¿quién? *(Mira a los dos y tras su silencio prosigue.)* Si conocéis a los culpables decidme su nombre y ella volverá a vuestro lado.
- ISABEL.- No puedo daros nombres que desconozco.
- EDUARDO.- Quizá el obispo Orleton pueda ayudaros.
- ORLETON.- La Santa Iglesia no debe mezclarse nunca en los asuntos de estado.
- EDUARDO.- Es cierto, Orleton, no debe. Pero reconoceréis que siempre hay ovejas descarriadas que gustan de pensar sólo en sí mismas.
- ISABEL.- Es inútil que hagáis sufrir a lady Juana, es inocente, no dispone de medios.



- EDUARDO.- Estáis en lo cierto, los muros de una prisión sólo pueden ser derribados con oro.
- ISABEL.- ¿Y sabiéndolo vais a castigar a una inocente?
- EDUARDO.- (*Falso.*) Aunque no lo creáis a mí también me conmueve su pena; pero estaréis conmigo en que alguien tendrá que pagar por el traidor.
- ISABEL.- ¡El traidor! No opinabais así de él cuando conquistó para vos el reino de Irlanda.
- EDUARDO.- Evidentemente, entonces no era un traidor.
- ISABEL.- ¡Ni ahora tampoco!
- EDUARDO.- Majestad, me sorprende vuestra calurosa defensa de Mortimer. Eso me lleva a la triste sospecha de que tal vez sepáis algo que yo desconozco.
- ISABEL.- Sólo sé lo que vos os negáis a ver.
- EDUARDO.- Estando ciego no me extraña que el obispo se atreva a darme Jaque.
- ORLETON.- Disculpad, majestad, pero reitero una vez más que sólo es un juego.
- EDUARDO.- No os conviene jugar demasiado, monseñor. ¿Qué me niego a ver, Isabel?
- ISABEL.- Que el nido de la traición lo tenéis más próximo de vuestro lecho.
- EDUARDO.- Continuad.
- ISABEL.- Los traidores son los Le Despenser a quienes vos tanto protegéis.
- EDUARDO.- No hay nada más arrogante que el despecho de una mujer.
- ISABEL.- La verdad es arrogante para quien la ignora.
- EDUARDO.- ¿Vos qué opináis Orleton?
- ORLETON.- ¿Sobre qué, mi Señor?

- EDUARDO.- Sobre las mujeres, por ejemplo.
- ORLETON.- Temo que mi contacto con ellas no sea tan íntimo como el vuestro.
- EDUARDO.- No seáis humilde, monseñor, en la corte se conocen todas las debilidades. Hacedme un favor, buscad al Obispo de Exeter y dispensadme de la reunión con él. Presiento que mi esposa necesita de mis cuidados.
- ORLETON.- Como vos mandéis, Majestad. *(A la Reina.)* Mi Señora.

*Orleton hace una reverencia y deja solos a los reyes.*

- EDUARDO.- ¿¿Cómo osáis llamar traidor a Hugo Le Despenser!?
- ISABEL.- Si os soy sincera, dispongo de algún calificativo más, pero el de traidor me pareció el menos grosero.
- EDUARDO.- Hugo es para mí un hermano, un compañero, un...
- ISABEL.- *(Cortándole.)* ¡Un amante! Decidlo y acabad de una vez la frase.
- EDUARDO.- ¿Eso os ofende?
- ISABEL.- ¡Eso me humilla!
- EDUARDO.- Me complacería saber los motivos.
- ISABEL.- ¿Cómo podéis ser tan cínico?
- EDUARDO.- Os aseguro que no pretendo serlo. Pero siempre me han sorprendido vuestras exigencias.
- ISABEL.- ¡Soy vuestra esposa!
- EDUARDO.- No hace falta que lo gritéis, yo tampoco he conseguido olvidarlo.
- ISABEL.- ¿Os hace feliz despreciarme de esta manera? *(Amargada.)*  
Nunca debí casarme con vos.

EDUARDO.- Yo no pude elegir, mi Señora, creía que vos tampoco. Vuestro padre, el Rey Capeto, y mi padre, concertaron nuestra boda por razones de estado. Vos seríais mi Reina y yo vuestro Rey, nadie mencionó nada sobre con quién compartiríamos el lecho.

ISABEL.- *(Con dolorosa nostalgia.)* Yo os amaba. Os amé desde que las primeras luces os acariciaron al entrar en la corte de mi padre. Allí mismo comencé a soñar con ser vuestra Reina, con ser vuestra esposa, vuestra mujer.

EDUARDO.- Sabéis que mi corazón no se alojaba en aquella corte. Lamento que me hicierais protagonista de unos sueños que no me pertenecían.

ISABEL.- Deseaba que llegara la noche de bodas para sentir vuestras caricias, para verme desbordada por vuestros besos, para beberme cada gota de vuestra aliento; pero aquella noche, la única compañía que tuve compartiendo mi almohada, fue el dolor de la humillación, al ver que vos preferíais la compañía de Gavenston.

EDUARDO.- *(Tenso al oír el nombre de Gavenston.)* Os aconsejo que soslayéis el pasado, trae demasiados recuerdos dolorosos para ambos.

ISABEL.- ¡Ni cien espadas hurgando en vuestras entrañas, os causarían el dolor que yo padecí!

EDUARDO.- ¡Callaos de una vez!

ISABEL.- ¡Matadme si queréis!, pero hoy no me habéis de silenciar. Necesito escupiros todo el odio que vos habéis germinado en mí.

Cuando a la mañana siguiente ibais de su brazo, y él, sonriente como una ramera, portaba la joya que os regaló mi

padre por los esponsales, recé para que el aire se negara a entrar en mis pulmones, recé para que el eco de sus risas no penetrara en mis oídos, para que mis ojos no fueran testigo de semejante afrenta.

EDUARDO.- Rezasteis para que su vida fuera segada.

ISABEL.- *(Con rabia.)* ¡Sí! Noche tras noche, día tras día. No había un momento que no quisiera verlo teñido con el color de su sangre. ¡Me había robado mis sueños!

EDUARDO.- ¡No, una vez más os equivocáis! ¡Vos os habíais interpuesto en el suyo! ¡Yo lo amaba! Vos quisisteis arrebatarme unas caricias que le pertenecían, unos besos que nacían para sus labios.

ISABEL.- Eras mi esposo.

EDUARDO.- ¡Era su amor! Nunca lo entenderéis. Yo para vos era un sueño, vos para mí un castigo.

ISABEL.- ¿Cómo cometéis la inclemencia de llamar castigo a quién os amaba?

EDUARDO.- Él me enseñó a amar; él me enseñó que las manos sirven para algo más que coger una espada y restar vidas; me enseñó a desear el aire que acariciaba su piel.

Pero no es nuevo que la felicidad ajena levanta ampollas en la mezquindad, y todos ambicionaron destruirnos. Por esa vil razón me casaron con vos, no por ese amor que añoráis, sino para apartarlo de mi lado.

ISABEL.- Vos os debíais a la corona.

EDUARDO.- ¡Oh!, no arañéis excusas para justificar el odio y la incompreensión. Si yo me debo a la corona, vos también. Si mi obligación es dar un heredero al reino, ya tiene a mi primogénito, ¿por qué seguís cercenando mis ilusiones? ¿Por

qué seguís reclamando unos sentimientos que sabéis jamás podré otorgaros?

ISABEL.- Porque soy la reina y me debéis un respeto.

EDUARDO.- (*Declama los versos de un madrigal de Gavenston.*)

“Vos afirmáis que el amor tiene semblanza con un sueño.

Pero aunque lo creamos nuestro, el corazón no posee dueño.

Cuando os vi, todos los signos estaban presentes

Mi corazón se desbocó como corcel impaciente

Y siendo libre, en vuestros labios sentime preso.”

Quién me escribió estos versos también se merecía un respeto, y vos luchasteis para que lo asesinaran.

ISABEL.- ¡Yo he luchado por mis derechos!

EDUARDO.- ¡No!, luchasteis porque os sentíais herida en vuestro amor propio. Una princesa francesa. La hija del gran rey Felipe IV El Hermoso, no conseguía que su esposo cayera rendido bajo sus encantos, no obtenía con sus intrigas lo que un sencillo gascón obtenía con una simple mirada.

ISABEL.- (*Dolida.*) ¿Qué queríais que obtuviera si jamás me distéis una oportunidad? ¿Con qué armas conocidas podría luchar una mujer contra ese monstruoso amor que os mantenía embrujado?

EDUARDO.- ¿Monstruoso? ¿Desde cuando el amor es monstruoso? ¿Desde cuando amar a un semejante puede ser tachado con esa ignominia?

ISABEL.- (*Con crueldad.*) Desde el instante en que vos os dejasteis arrastrar por la sodomía.

EDUARDO.- (*Dolido.*) Os advierto que tenéis la lengua tan afilada como vuestro odio.

ISABEL.- Es lo único que me une a vos.

EDUARDO.- Un sentimiento al fin y al cabo. Yo simplemente os ignoro, os he ignorado hasta en mi lecho.

ISABEL.- Me habéis hecho cuatro hijos, ¿también me ignorabais cuando gemáis sobre mi cuerpo?

EDUARDO.- No lo dudéis. Nunca os poseí a conciencia. Mi corazón acariciaba el nombre de Gavenston, mis manos perseguían su sombra, mis labios cabalgaban por el mundo de su piel, mis...

ISABEL.- *(Cortándole.)* ¡Basta ya! ¿Acaso no conocéis la misericordia?

EDUARDO.- ¡No! Habéis hecho una pregunta y vive Dios que os la voy a responder. Cada golpe de aliento, cada latido de mis lágrimas, cada reflejo de placer, eran arrancados por su recuerdo.

*Isabel, plena de furia, intenta golpear a Eduardo según grita el horror que le produce las frases de su esposo. El rey la sujeta y ella lentamente cae al suelo, ante la figura indiferente de él.*

ISABEL.- ¡Os odio! ¡Os odio tanto que escarbaría vuestra tumba con mis uñas! ¡Os odio tanto que me deleita pensar como el barro corromperá vuestra calavera! ¡Como la historia quebrantará el nombre que lleváis, hasta reducirlo al polvo de vuestros huesos!

EDUARDO.- *(Tras una pausa. Con frialdad.)* Vos vivís para el odio, y yo vivo para el amor. ¿Quién sois vos para atreveros a juzgar mis actos?

- ISABEL.- *(Desde el suelo. Hundida.)* Ante Dios, yo siempre seré vuestra esposa.
- EDUARDO.- No apeléis a un formulismo que sólo es un contrato.
- ISABEL.- *(Levantándose.)* ¿Cómo podéis llamar al Santo Matrimonio un contrato?
- EDUARDO.- Un contrato de intereses. Le interesaba a Francia, le interesaba a Inglaterra. Nos unen en Santo Matrimonio, como decís vos, para asegurarse unos herederos que continúen con la rueda; para que continúen ostentando unos privilegios sobre el pueblo. Así es la monarquía, así somos vos y yo, simples peones que empujamos una rueda de intereses.
- ISABEL.- Vos siempre os habéis negado a cumplir con esos supuestos intereses.
- EDUARDO.- He cumplido con creces. Os he dado hijos, un heredero al trono para que la rueda no se detenga y puedan seguir aplastando libertades; sin olvidar, que un nefasto día consentí entregarles al hombre que amaba.
- ISABEL.- Me asombra que profeséis tales ideas siendo rey de Inglaterra. ¿Por qué no abdicáis?
- EDUARDO.- ¿Para que gobernéis vos?, ¿Para que sigáis los mandatos de vuestro querido hermano el rey de Francia? o ¿para regalaros el inigualable placer de tener que humillarme en vuestra presencia?
- ISABEL.- Para que no viváis como un rey, cuando denostáis su tradición.
- EDUARDO.- Sois ingenua, Isabel.

- ISABEL.- ¿No amáis tanto a la plebe que os preocupan sus libertades? Pues sed como ellos, así podréis uniros a quién amáis sin tener que dar explicaciones.
- EDUARDO.- ¿Acaso ahora las doy? Que no me deje engañar por vuestras veleidosas tradiciones, no quiere decir que no me aproveche de ellas.
- ISABEL.- Sois un cínico.
- EDUARDO.- Soy el rey. Un rey que por ser “diferente” ha sido mancillado por la nobleza que vos defendéis con tanto ardor, esa nobleza que en mi consagración me obligó a jurar que respetaría las leyes elegidas por la comunidad del reino, que el homenaje de fidelidad sería a la corona no a la persona del rey, y que si el rey no actuaba como es debido, los barones estaban obligados a llevarme al camino recto.  
(*Dolido.*) ¿Y aún queréis que respete vuestros ideales?
- ISABEL.- Sí, hicisteis una promesa. (*Rectificando con sarcasmo.*) Perdón, majestad, olvidaba que para vos las promesas son sólo contratos de intereses que os saltáis dependiendo de los deseos de vuestra libido.
- EDUARDO.- (*Irónico.*) ¿Igual que se saltan los acuerdos los reyes Capetos?
- ISABEL.- Mi familia jamás ha faltado a una promesa.
- EDUARDO.- Entonces, mi señora, podréis aclararme por qué el soberano de Francia, Carlos IV, vuestro querido hermano, ha ocupado mis territorios de la Gascuña y Ponthieu.
- ISABEL.- Ignoro los motivos que han empujado a mi hermano a emprender semejante empresa.
- EDUARDO.- ¿Deseáis oírlos?



- ISABEL.- Si vuestra majestad tiene a bien contármelos, los escucharé por si mi ayuda puede servirlos.
- EDUARDO.- Carlos IV ha invadido mis territorios por mi negativa a rendirle vasallaje por Aquitania.
- ISABEL.- ¿El duque de Aquitania no debe rendir vasallaje al rey de Francia?
- EDUARDO.- (*Orgulloso.*) El rey de Inglaterra no puede rendir vasallaje al rey de Francia.
- ISABEL.- En esa disyuntiva se me antoja que la solución es difícil. Uno de los dos debería dar su brazo a torcer.
- EDUARDO.- Como podéis imaginar, no será el mío.
- ISABEL.- En ese caso, me temo que los pasos dados por mi hermano nos conducirán a la guerra.
- EDUARDO.- Una guerra que por supuesto no deseo.
- ISABEL.- ¿Sabéis quién ha influido en mi hermano para tomar tal decisión?
- EDUARDO.- Lo desconozco.
- ISABEL.- Me extraña que haya sido iniciativa suya. Vos sabéis que esa postura me coloca en una delicada posición y él siempre me ha tenido en gran estima.
- EDUARDO.- Sobrevaloráis su estimación.
- ISABEL.- No, mi señor, es notorio que Carlos siempre ha escuchado con beneplácito mis consejos. ¿A quién habéis enviado para negociar?
- EDUARDO.- Al conde de Pembroke.
- ISABEL.- Un hábil negociador, sin duda. Pero... (*Isabel se calla intencionadamente.*)
- EDUARDO.- ¿Pero?

- ISABEL.- Nada, majestad, pensaba si el conde de Pembroke es el hombre idóneo para tal misión.
- EDUARDO.- ¿Dudáis de su capacidad?
- ISABEL.- No, mi señor, pero vuestro hombre no goza de simpatías en mi tierra.
- EDUARDO.- *(Irónico.)* Ningún inglés es poseedor de semejante tesoro.
- ISABEL.- Eso unido a los años que le contemplan, seguro que le restan fuerzas para defender vuestra causa con el arrojo que necesitáis.
- EDUARDO.- Isabel, no hace falta que sigáis denostando a mi fiel Pembroke.
- ISABEL.- No os entiendo.
- EDUARDO.- El conde falleció nada más pisar Francia.
- ISABEL.- Lo lamento.
- EDUARDO.- Es de suponer que el aire francés no le resultó muy saludable.
- ISABEL.- Dada su avanzada edad, cualquier aire le hubiera acompañado a la tumba.
- EDUARDO.- Dejemos de elucubrar sobre alguien que, con todos los respetos, ya sólo ocupa un sitio en nuestra memoria. El caso es que necesito con urgencia enviar un negociador a la corte francesa.
- ISABEL.- ¿Habéis pensado ya en quién será esa persona?
- EDUARDO.- No.
- ISABEL.- Es un asunto delicado. Debéis meditar quién posee influencias en tales menesteres.
- EDUARDO.- *(Mira a Isabel con una amplia sonrisa. Tras una ligera pausa.)* ¡Me asombráis!
- ISABEL.- *(Sorprendida.)* ¿Perdón?

- EDUARDO.- Hace unos instantes el odio os afilaba las uñas para cavar mi sepultura, acto que no os recomiendo, estropearíais vuestras manos, y ahora os mostráis dócil y pretendéis brindarme vuestra ayuda.
- ISABEL.- Soy vuestra reina. Mi padre me enseñó que un rey debe anteponer su obligación a sus deseos. Y mi obligación es defender a Inglaterra.
- EDUARDO.- ¡Magnifico! Magnifico. Isabel, dada vuestra entrega a la corona, que os parecería si os enviara a vos a negociar con vuestro estimado hermano.
- ISABEL.- *(Falsamente sorprendida.)* ¿A mí?
- EDUARDO.- Sí, a vos.
- ISABEL.- Mi señor, no puedo negaros que mi presencia en la corte francesa sería acogida con agrado, y que escucharían con beneplácito mis argumentos, pero... *(Pausa.)*
- EDUARDO.- ¿Pero?, sois una mujer que pone demasiados peros en su vida, continuad.
- ISABEL.- Disculpad, pero no sé si una reina es la persona indicada para llevar a cabo tan ardua empresa.
- EDUARDO.- ¿Vuestro hermano no os ama?
- ISABEL.- Sin duda.
- EDUARDO.- ¿Conocéis a alguien que supere vuestro conocimiento de los hechos?
- ISABEL.- No, mi señor.
- EDUARDO.- ¿Qué goce de más influencias en la corte?
- ISABEL.- Con sinceridad, no.
- EDUARDO.- Entonces queda decidido, partiréis para Francia inmediatamente.
- ISABEL.- Así se hará, si así lo deseáis.

EDUARDO.- Lo deseo “casi” tanto como vos. Además, el encuentro con vuestra añorada familia también servirá para tamizar vuestras dolorosas quejas.

*Entra el obispo Orleton, inquieto por interrumpir a sus majestades.*

ORLETON.- *(Con una reverencia.)* Majestad.

EDUARDO.- ¡Orleton!, siempre tan oportuno.

ORLETON.- Lamento la interrupción, mi señor, pero Maese Tolomei insiste en veros, dice que vos lo llamasteis para un asunto de máxima urgencia.

EDUARDO.- Ese judío siempre huele la carroña. Antes de recibirle, quiero comunicaros que la reina será enviada a Francia para abogar por nuestra causa ante su amado hermano el soberano francés.

ORLETON.- ¿La reina?

EDUARDO.- ¿Os sorprende?

ORLETON.- Perdonad mis reticencias, mi señor, pero no contaba con que pudierais mandar a vuestra propia esposa a negociar semejante tratado.

EDUARDO.- Os sorprende. ¡Siempre me ha gustado sorprender a mis súbditos!

ORLETON.- *(A la reina.)* Espero que mi desconfianza no os resulte amarga, mi señora, pero ignoro que ventajas podéis ofrecer a vuestro hermano para que retire sus posiciones.

ISABEL.- *(Extrañada por la actitud de Orleton.)* Yo también, pero estudiaré mis palabras camino de Francia para encontrar una solución.

- EDUARDO.- Y os aseguro que la encontrará.
- ORLETON.- Conociendo la ambición francesa, (*A la reina.*) disculpad, señora, no será fácil recuperar los territorios si no entregáis algo a cambio.
- ISABEL.- Apelaré a mi hermano para que sea consciente de que sus pasos nos embocan a una guerra.
- ORLETON.- Me temo que el rey Carlos ya lo sabía cuando tomó tan desacertada decisión.
- EDUARDO.- ¿Insinuáis que Francia desea una confrontación?
- ORLETON.- Así lo demuestran sus movimientos.
- EDUARDO.- ¿Por qué iban a desearla?
- ISABEL.- Supongo que son conscientes de la inestabilidad que reina en vuestras tierras.
- EDUARDO.- ¿Inestabilidad? ¿En Inglaterra? Os ruego que seáis más concisa.
- ISABEL.- Los barones no están contentos con el trato de favor que dispensáis a los Le Despenser.
- EDUARDO.- (*Con evidente cansancio.*) Por favor, me aburrís con ese manido tema.
- ISABEL.- Si el reino no está unido, será una presa fácil para cualquier ejército.
- EDUARDO.- Ahorraos la vulgaridad de pedirme que aparte a los Le Despenser de mi lado.
- ISABEL.- Lo haré, majestad, pues esa batalla, mi corazón ya la ha dado por perdida.
- ORLETON.- Mi señor, la situación volvería a la normalidad si el duque de Aquitania rindiera vasallaje a Carlos IV.
- EDUARDO.- (*Ofendido.*) ¡Eduardo II jamás rendirá vasallaje a un rey francés!

ORLETON.- Ni yo lo pretendo, majestad, ni lo yo lo pretendo. Sin embargo, ¿no habéis pensado en nombrar a vuestro hijo y sucesor, duque de Aquitania?

EDUARDO.- *(Desconfiado.)* ¿A dónde queréis llegar?

ORLETON.- Si al tiempo que nuestra señora emprende camino a Francia, el príncipe es enviado a Aquitania para ser nombrado duque, y rendir vasallaje como tal al rey francés, la reina gozaría de inmejorables razones para convencer a su hermano de que devolviera los territorios ocupados.

EDUARDO.- *(Irónico.)* Me congratula que no deseéis inmiscuirnos en asuntos de estado.

ORLETON.- Quizá sea demasiado impulsivo, pero simplemente intento ayudaros.

EDUARDO.- *(Reticente.)* Ayuda que es bien recibida. *(Para él.)* Seguro que ese bastar... *(Corrige mirando a la reina.)* que vuestro hermano no se espera esta jugada. *(Feliz.)* ¡Jaque, Monseñor! Bien, Isabel partid inmediatamente y comunicad a nuestro hijo la decisión.

ISABEL.- Como vos mandéis, majestad.

*Isabel hace una reverencia y sale de la estancia. Orleton se dispone a ir tras ella.*

EDUARDO.- Aguardad, Orleton.

ORLETON.- Sí, mi señor.

EDUARDO.- Dada vuestra inteligencia, me gustaría que estuvierais conmigo en la reunión con Maese Tolomei.

ORLETON.- Si ese es vuestro deseo, aunque reconozco que mis conocimientos sobre el endeudamiento de la corona son escasos.

EDUARDO.- Siempre subestimáis vuestro talento.

ORLETON.- La humildad es una virtud.

EDUARDO.- Y su exceso un defecto. Hacedle pasar.

ORLETON.- Como ordenéis. *(Orleton se aleja unos pasos hacia un lado.)*  
¡Maese Tolomei!

*En la estancia entra el judío. Hace una reverencia exagerada ante su majestad, llena de servilismo. Los tres personajes se quedan estáticos en su postura. Tolomei en su genuflexión, Eduardo iniciando un gesto majestuoso con su brazo y Orleton mirando con desconfianza al banquero. La luz cambia reflejando en este triangulo otro cuadro de la época.*

TOLOMEI.- Majestad, lamento haber insistido tanto en que me condujeran a vuestra presencia, pero iba camino de Francia cuando me comunicaron que deseabais verme, y rápidamente interrumpí mi viaje para disfrutar de vuestra persona.

EDUARDO.- Levantaos, Tolomei, supongo que a vuestra edad, cualquier reverencia se convierte en un logro.

TOLOMEI.- Suponéis bien, majestad, y gracias.

EDUARDO.- Os veo más encogido que la última vez, ¿será el peso del oro que os impide enriquecer la figura?

TOLOMEI.- No, mi señor, no. Es el peso de los años que aumenta mi ruina.

EDUARDO.- ¿Vos arruinado? Acaso el sol gobierna la noche, acaso la luna nos ilumina los días.

TOLOMEI.- Corren tiempos difíciles.

EDUARDO.- ¿Y cuando no son difíciles? Precisamente en estos tiempos difíciles es cuando vuestro banco suele acumular más ganancias.

TOLOMEI.- Os equivocáis en vuestro juicio, mi señor, si me permitís el atrevimiento.

EDUARDO.- Os lo permito.

TOLOMEI.- En estos tiempos nuestros clientes no pueden satisfacer la deuda contraída y eso nos empobrece. No olvidéis que nuestro único patrimonio son sus deudas.

EDUARDO.- Escaso patrimonio para tan enorme fortuna. ¿Vos qué opináis al respecto, Orleton? ¿Os veo demasiado callado?

ORLETON.- *(Despectivo.)* Nunca me ha gustado tratar con la usura, majestad.

TOLOMEI.- Me congratula que el Papa no sostenga la opinión de sus prelados.

ORLETON.- ¿Os atrevéis a juzgar los actos del Santo Padre?

TOLOMEI.- Jamás osaría cometer semejante error, e intuido que sois vos quien los ponéis en duda.

ORLETON.- Sea cuales fueren sus designios, no me consentiría dudar de ellos.

TOLOMEI.- Ni yo, monseñor, ni yo. No en vano, el Papa es uno de mis mejores clientes.

*Orleton crisca sus puños al oír al judío y Eduardo suelta una fuerte carcajada.*



- EDUARDO.- *(Ríe.)* La religión os separa pero el dinero os une, así es la vida.
- ORLETON.- Supongo que el Santo Padre poseerá vastas razones para negociar con un judío.
- TOLOMEI.- Así es, monseñor, la reconstrucción de Avignon requiere grandes esfuerzos por parte de todos. Sólo mi humilde compañía ha aportado la suma de dos mil florines de oro a tan magna empresa.
- EDUARDO.- *(Burlón.)* ¿Dos mil florines? Sin duda el Papa se ha propuesto trasladar el paraíso a la tierra.
- ORLETON.- Os recuerdo, majestad, que fue vuestro suegro, Felipe el Hermoso, quien destinó Avignon como sede de la Santa Iglesia.
- EDUARDO.- Efectivamente, un generoso gesto que escondía la intención de tenerla bajo su estrecha vigilancia.
- ORLETON.- *(Ofendido.)* ¡Majestad!
- EDUARDO.- No os enfadéis, Orleton. Estamos manteniendo una amena conversación.
- TOLOMEI.- Si me permitís, mi señor...
- EDUARDO.- *(Con retintín.)* Os lo permito.
- TOLOMEI.- Las obras que se están llevando a cabo en Avignon son dignas de alabanza. La región está enriqueciéndose gracias a la decisión del Papa. La construcción de nuevos castillos, así como la llegada de suntuosas mercancías, hace que sus habitantes vivan en prosperidad.
- ORLETON.- El Santo Padre siempre mira por su pueblo.
- EDUARDO.- Roguemos por que no se le canse la vista.
- TOLOMEI.- Las tiendas rebosan de terciopelos y sedas; los plateros no cesan de tallar joyas sacerdotales; pintores y escultores

trabajan a destajo para decorar claustros y bóvedas. El cardenal Arnaldo de Vía está construyendo una colegiata, como ya sabréis es sobrino del Papa.

EDUARDO.- Y supongo que cliente vuestro.

TOLOMEI.- Me distingue con ese honor.

EDUARDO.- Maese Tolomei me intrigáis, ¿cómo consigue un judío abastecer a toda la Curia?

ORLETON.- (*Muy digno.*) A toda no, mi señor.

EDUARDO.- Porque vos no queréis.

ORLETON.- Vos los habéis dicho, majestad.

TOLOMEI.- Os aseguro, monseñor, que sería un placer para mi banco prestar ayuda al Obispo de Hereford.

ORLETON.- Me temo que la ayuda de un prestamista judío se convierte con el devenir de los años en una pesada carga.

EDUARDO.- No seáis tan esquivo, Orleton. El oro no tiene patrias, ni credos. Es más, vuestro “Jefe” no ha rechazado su procedencia.

ORLETON.- (*Remarcando el Papa.*) “El Papa”, sin duda lleva a cabo sus propósitos conducido por un buen fin.

EDUARDO.- ¿Estáis insinuando que para la Iglesia el fin justifica los medios?

ORLETON.- (*Titubeante.*) No, mi señor... lo que... quería expresar...

TOLOMEI.- Si me permitís, majestad...

EDUARDO.- (*Con cansancio.*) Os lo permito.

TOLOMEI.- Las empresas de este calibre están por encima de las creencias. No hay nada de malo en que dignatarios de diferentes religiones colaboren para el bienestar de su pueblo.

EDUARDO.- Cierta. Lo que no deja de extrañarme es que los dignatarios se lucren haciendo negocios, y mientras los creyentes se maten entre ellos.

*(Hay una ligera pausa que rompe Maese Tolomei.)*

TOLOMEI.- Temo, señor, que la enfermedad del fanatismo tiene mala cura.

EDUARDO.- Mientras alguien se enriquezca con sus revueltas, siempre habrá locos dispuestos a insuflar el odio en nuestros corazones.

ORLETON.- El fanatismo se extirparía si todos los pueblos profesaran la verdadera fe.

EDUARDO.- Ambiciosa empresa.

TOLOMEI.- ¿Y cual es la verdadera fe?

ORLETON.- *(Ofendido.)* ¡No os permito que habléis así...!

EDUARDO.- *(Cortándole.)* No os ofendáis tanto, Orleton, sólo ha sido una pregunta y lo que ofende son las respuestas. Estoy convencido de que vos no dudaríais morir por vuestras creencias.

ORLETON.- *(Mirando desafiante a Tolomei.)* Es mi obligación, tras el ejemplo otorgado por Nuestro Señor Jesucristo.

EDUARDO.- Igual que un sarraceno moriría por Alá; o Maese Tolomei por Yahvé. Y todos creen profesar la verdadera fe. ¿No es cierto, Tolomei?

TOLOMEI.- Si me permitís, señor...

EDUARDO.- *(Con fatiga.)* Os lo permito, pero dejad de pedir permiso cada vez que vayáis a hablar, resulta agotador.

- TOLOMEI.- Yo estimo que las creencias deben quedarse en las sinagogas, en las casas; extramuros todos somos personas, y debemos procurar el bienestar de nuestras familias.
- EDUARDO.- Me temo que Orleton no comparte vuestras opiniones, ¿no es así?
- ORLETON.- Los cristianos tenemos la obligación de llevar la verdad de Nuestro Señor a todos los rincones.
- EDUARDO.- Los cristianos llevan su verdad, y los judíos su dinero. Presiento que ellos son más inteligentes.
- ORLETON.- Majestad, los bienes materiales nunca han supuesto una preocupación para la Iglesia.
- EDUARDO.- Eso reza en las escrituras, pero entonces... ¿Por qué se está construyendo esa fastuosa Avignon?
- ORLETON.- ¡Señor, estáis poniendo continuamente en duda las decisiones del Papa!
- EDUARDO.- No seáis necio, monseñor, voy más lejos, estoy poniendo en duda la incongruencia humana.
- ORLETON.- No podéis asemejar a los cristianos con los judíos, son un pueblo maldito.
- TOLOMEI.- Si me per... *(Ante la mirada de Eduardo, opta por no pedir permiso.)* Perdonad. Sólo somos un pueblo errante, monseñor.
- EDUARDO.- ¡Un pueblo errante! ¡Qué romántico! Aunque, conociendo vuestros afanes, el día que dejéis de serlo perderéis simpatías y ganaréis odios.
- ORLETON.- ¡Un pueblo “maldito” que veja con sus abusivos intereses hundiendo en la miseria a los necesitados!

- EDUARDO.- Me pregunto ¿por qué la diplomacia, que antes se hallaba entre vuestras habilidades, os ha dejado huérfano? Así no conseguiréis un préstamo para vuestro obispado.
- ORLETON.- No lo pretendo, mi señor.
- TOLOMEI.- (*Amable.*) Si lo necesitarais, no dudéis en llamarme. De ese modo, comprobaríais que mi compañía no ignora donde están los límites de la religión, y donde están los límites del oficio.
- ORLETON.- Esos límites, como bien decís, son trazados a impulsos de la avaricia.
- TOLOMEI.- No más que la que conduce a la Iglesia a cobrar los diezmos a sus feligreses.
- ORLETON.- La Iglesia cobra los diezmos para honrar la gloria de Nuestro Señor.
- TOLOMEI.- Todos honramos a alguien.
- ORLETON.- ¡La Iglesia no se lucra con la miseria!
- EDUARDO.- La avaricia, la miseria, solo escucho términos atroces huyendo de vuestros labios. Presiento que no sois feliz, Orleton. ¿Cómo lo definiríais vos, Maese Tolomei?
- TOLOMEI.- La avaricia no marca nuestros límites, majestad. Si los intereses de los préstamos son más altos de lo aconsejable, se debe a que desgraciadamente necesitamos un seguro que nos ampare.
- EDUARDO.- ¡Un seguro! La palabra es más agradable sin duda, continuad. (*Se sienta quedando en medio del Obispo y del Judío.*)
- TOLOMEI.- Muchos de nuestros clientes no satisfacen la deuda. Y si no los subiéramos no podríamos atender la llamada de su majestad o del Papa.

EDUARDO.- Como podéis comprobar, monseñor, no es la avaricia sino el interés por servirnos lo que obliga a Maese Tolomei a encarecer los préstamos.

TOLOMEI.- Yo no lo habría expresado mejor, mi señor.

EDUARDO.- *(Coloca los brazos en cruz. Divertido.)* Por un instante me ha parecido que me encontraba como Jesucristo en la cruz, entre ladrones. *(Ríe.)*

*(Hay una leve pausa, ambos se sonrojan y no saben qué contestar.)*

EDUARDO.- Creo que vuestro escaso sentido del humor tachará el ejemplo de desafortunado. Será mejor que cambiemos de tema.

ORLETON.- Como ordenéis, majestad.

EDUARDO.- Maese Tolomei supongo que no pensaréis que os he hecho llamar para discutir de religión.

TOLOMEI.- Yo nunca discuto de religión, mi señor.

EDUARDO.- Hacéis bien. Tomad ejemplo, Orleton.

El tesorero real me ha comunicado que no podéis satisfacer otro préstamo a la corona.

TOLOMEI.- Ese es mi gran pesar.

EDUARDO.- Entonces reconoceréis que me lanzáis en manos de otros banqueros.

TOLOMEI.- Me temo, mi señor, que todos atravesamos una fuerte crisis y ninguno podrá servirnos como vos deseáis.

EDUARDO.- ¿Os atrevéis a decir que ningún banco prestará dinero a la corona de Inglaterra?

- TOLOMEI.- Todos conocen vuestras dificultades: la pesada carga de la guerra, las intrigas de vuestros barones; circunstancias que os obligan a no poder satisfacer la deuda contraída con mi banco.
- ORLETON.- En vuestras palabras puede leerse con claridad, que os habéis puesto de acuerdo para que ninguno acuda a la llamada de su majestad.
- TOLOMEI.- Quizá me haya expresado mal, monseñor.
- EDUARDO.- Al contrario, os habéis expresado muy bien.
- TOLOMEI.- Como mi señor sabe, nuestras mercancías en vuestro reino han sido agravadas con otro impuesto, impuesto que ha encarecido su venta y nos dificulta recaudar el dinero invertido.
- EDUARDO.- No pretenderéis que os exima de los impuestos.
- TOLOMEI.- No se me ocurriría inmiscuirme en vuestra política recaudatoria, sólo os cuento los motivos por los que nuestras arcas están vacías.
- EDUARDO.- No juguéis conmigo, Tolomei, vos mismo acabáis de confesar que habéis entregado dos mil florines de oro al Papa para la reconstrucción de Avignon.
- TOLOMEI.- En efecto, majestad, una razón más para que la ruina asole mi humilde compañía. Como os dije, corren tiempos difíciles, tiempos de siembra, hasta que no llegue la época de la cosecha, me encontraré en serias dificultades.
- ORLETON.- Sois un hombre inteligente...
- TOLOMEI.- (*Cortándole.*) Me complace enormemente escuchar un halago de vuestros labios.
- EDUARDO.- No os apresuréis, aún no ha terminado.

- ORLETON.- Seguro que habréis sopesado que si no ayudáis en estos momentos a su majestad, nunca podrá devolveros la deuda contraída.
- TOLOMEI.- Sin duda, de ahí mi interés en acudir a su llamada. Quizá podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.
- EDUARDO.- No os entiendo.
- TOLOMEI.- Veréis, mi señor, si yo dispusiera de alguna información que pudiera mitigar mis perdidas... (*Cambia intencionadamente de conversación.*) ¿De cuanto sería el préstamo que solicitáis?
- EDUARDO.- Igual que el del Papa. Dos mil florines de oro.
- TOLOMEI.- (*Lastimero.*) Imposible, ¡Dos mil florines! Os aseguro que tal cantidad me obligaría a vivir dos vidas para amortizarla, y podéis comprobar vos mismo que en mi delicado estado apenas me restan unos años.
- EDUARDO.- Los hombres como vos no mueren nunca.
- TOLOMEI.- Sólo Dios es eterno.
- EDUARDO.- ¿Qué cantidad podríais satisfacer?
- TOLOMEI.- (*Pensativo.*) Tendría que consultar los libros, incluso pedir a algún banco amigo que... (*Como si no tuviera importancia.*) ¿Qué información me podríais otorgar?
- EDUARDO.- Ha llegado hasta mis oídos que en los graneros el trigo comienza a escasear, y la cosecha de este año va a ser nefasta.
- TOLOMEI.- (*Pensativo.*) Sin duda eso doblará su precio en el mercado. Majestad, arañando de aquí y de allá...
- EDUARDO.- No arañéis tanto, tenéis las uñas demasiado viejas.
- TOLOMEI.- Os podría hacer un préstamo de quinientos florines.



- EDUARDO.- *(Indignado.)* ¡¡Quinientos florines!?! ¡Vive Dios que sois un maldito usurero! Puedo ordenar que os cuelguen en la torre y que vuestros miserables ojos no se recreen más con la luz del día.
- TOLOMEI.- *(Muy humilde.)* Sí, mi señor, pero así tampoco obtendríais más dinero, sólo mi vida.
- EDUARDO.- ¿Y que vale vuestra vida?
- TOLOMEI.- Nada. Nada que pueda servirlos.
- EDUARDO.- Pues si no me sirve para nada no esperéis que os la respete. Orleton, llamad a la guardia.
- ORLETON.- A lo mejor, mi señor, yo podría ayudaros a que el préstamo subiera de valor.
- EDUARDO.- *(Sorprendido.)* ¿Vos? ¿Cómo?
- ORLETON.- Con una noticia.
- EDUARDO.- Adelante, los oídos del banquero seguro que la aguardan con impaciencia. *(Amenazante.)* Tal vez sea lo último que escuchen.
- ORLETON.- En Francia se ha promulgado una ordenanza que será sellada en pocos días.
- EDUARDO.- Cada vez me sorprendéis más, Orleton, os aseguro que ahora son mis oídos los que ansían vuestras palabras.
- ORLETON.- La ordenanza prohibirá sacar monedas de oro o plata acuñadas en Francia. Cualquier viajero que salga del país deberá comprar moneda extranjera.
- EDUARDO.- *(Desconfiado.)* Ignoraba que mantuvierais contactos con la corte francesa.
- ORLETON.- Y no los mantengo, mi señor. Esta misma mañana, vuestra esposa y reina Isabel de Francia...
- TOLOMEI.- *(Servil.)* A quien Dios conserve la vida muchos años.

- EDUARDO.- *(Esquivo.)* Eso no viene al caso. *(A Orleton.)* Continúad, por favor.
- ORLETON.- Recibió una carta de su primo Roberto de Artois conde de Beaumont-le-Roger, contándole anécdotas de la corte.
- EDUARDO.- ¿Eso es todo?
- ORLETON.- Sí, mi señor, vuestra reina me lo comentó como una frivolidad más de su hermano el rey Carlos IV.
- EDUARDO.- Bien, Tolomei, quiero mil florines de oro.
- TOLOMEI.- Los tendréis, majestad.
- EDUARDO.- Y ahora podéis retiraros, supongo que reanudareis vuestro viaje a Francia a la mayor celeridad.
- TOLOMEI.- Habéis acertado, majestad. *(Con una reverencia.)* Y no dejaré de rezar para que Dios os beneficie con un largo reinado que colme las...
- EDUARDO.- Sí, sí, dejaos de pamemas y partid antes de que me arrepienta y ordene que os despellejen.
- TOLOMEI.- Monseñor.

*Tolomei retrocede entre reverencias serviles hasta hacer mutis por donde ha entrado.*

- EDUARDO.- Estamos en sus manos, Orleton.
- ORLETON.- Desgraciadamente así es, mi señor.
- EDUARDO.- Llegarán tiempos en los que los Tolomei del mundo serán los verdaderos amos. Ellos pondrán y depondrán reyes a su antojo.
- ORLETON.- Deberíamos intentar evitarlo, ¿no creéis?
- EDUARDO.- ¿Cómo? ¿Acaso podemos detener una tormenta? ¿Podemos frenar sus rayos? ¿Apagar sus truenos?

- ORLETON.- Como bien decís, es imposible arrestar a la naturaleza, pero si podemos confiscar sus propiedades.
- EDUARDO.- ¿De qué serviría? Aparecerían otros Tolomei que con su dinero comprarían reinos y voluntades. El problema no reside en la persona sino en el poder que otorga el oro.
- ORLETON.- Tal vez se debiera impedir que los judíos acumularan tales riquezas.
- EDUARDO.- ¿Los judíos? Vos siempre con la religión auestas. Nunca entenderéis que los bancos no se conducen por las creencias, son empujados por la ambición.
- ORLETON.- Alguna forma habrá de cegar esa ambición.
- EDUARDO.- ¿Pretendéis cegar a todos los hombres?
- ORLETON.- No, no. Sólo prohibir los vicios que puedan llevarnos a la destrucción.
- EDUARDO.- ¿Prohibir? Me asombra la pasión desmesurada que tenéis los clérigos por prohibir todo aquello que no os satisface. ¡Prohibámosla! Firmaremos un decreto en donde prohibiremos la ambición, los sueños, la libertad. ¿Eso os complacería?
- ORLETON.- No se trata de complacerme, sino de acatar los designios de Nuestro Señor.
- EDUARDO.- De nuevo os escondéis bajo el escudo de Dios. Ese manto protector que ampara a las religiones para cometer las mayores atrocidades.
- ORLETON.- ¡Majestad estáis cometiendo un sacrilegio!
- EDUARDO.- No os escandalicéis por algo tan liviano Obispo de Hereford, y escandalizaos por Avignon, esa nueva Babilonia, donde las riquezas pasean por sus calles, donde las meretrices convertidas en señoras, por ser amantes de los prelados,

lucen las joyas y sedas que han obtenido con sus favores. Esa nueva Babilonia resurgida para la mayor gloria de vuestro Señor.

ORLETON.- Majestad, ignoramos si eso que decís es cierto.

EDUARDO.- Tan cierto como que la tierra nos aguarda impaciente para alimentarse de nuestros cuerpos.

ORLETON.- La actitud de unos cardenales no invalida la doctrina de Jesucristo.

EDUARDO.- Entonces, prohibamos ejercer a esos cardenales que con la boca glorifican a Dios, y que con las manos posadas en muslos ajenos abren paso a su lujuria.

ORLETON.- Si es así, como vos decís, no cabe duda de que habría que expulsarlos.

EDUARDO.- ¿Y quién quedaría para mostrarnos ese camino hacia la perfección?

ORLETON.- ¿Perdón?

EDUARDO.- Sí, monseñor, o ¿acaso pensáis que quedan hombres rectos en el seno de la Iglesia? Hombres que puedan dar ejemplo con su comportamiento.

ORLETON.- Siempre habrá alguien indiferente a los vicios. Pero no olvidéis que la Iglesia somos los hombres, y los hombres somos débiles ante el pecado.

EDUARDO.- Si es así, ¡Prohibamos la religión!

ORLETON.- ¡Majestad!

EDUARDO.- Que cada cual guarde el culto que crea oportuno en su casa o en su palacio, y dejemos de matar o de morir para que otros se enriquezcan. Para que otros vivan de las miserias humanas.

ORLETON.- Mi señor, temo que la enajenación os está llevando a la desmesura.

EDUARDO.- No es la enajenación la que aumenta mi discurso, sino la indignación por el doble rasero con el que nos atrevemos a juzgar a la gente.

ORLETON.- No juzgues y no serás juzgado.

EDUARDO.- ¿Vos no juzgáis?

ORLETON.- Por mi cargo es inevitable, pero intento que la imparcialidad reine en mis sentencias.

EDUARDO.- Bien. Veamos vuestra imparcialidad. ¿Qué opináis de mi amor por Hugo Le Despenser?

*Hay un leve silencio. Orleton busca las palabras adecuadas para no cometer un error.*

ORLETON.- Señor, me conducís a una difícil tesitura, pretendéis que sea autoridad cuando sólo soy vuestro súbdito.

EDUARDO.- Imaginaos que me prestáis confesión y yo me acuso de amar a Hugo.

ORLETON.- *(Violento.)* ¡Majestad!

EDUARDO.- De amarle tanto que necesito pronunciar su nombre para no olvidar el mío. De amarle tanto que me duele el alma si su voz no me acaricia. ¿Es pecado amar así?

ORLETON.- El amor no es pecado, son las acciones que ese amor nos obliga a realizar, las que nos arrastran sin remisión hacia el delito.

EDUARDO.- Insinuáis que si fuera un amor platónico, estaría bien visto por la Iglesia.

- ORLETON.- Por supuesto, mi señor. Dios quiere que nos amemos los unos a los otros.
- EDUARDO.- Os equivocáis, según vuestras enseñanzas quiere que nos amemos los unos a las otras.
- ORLETON.- El amor es universal. Jesús proclamó que debemos amar a nuestros semejantes.
- EDUARDO.- Yo amo a mi semejante y no lo aprobáis.
- ORLETON.- Me temo que confundís el amor con la fornicación y la sodomía.
- EDUARDO.- Yo no lo confundo, sois vos quien ponéis nombres humillantes a lo que no os complace.
- ORLETON.- Señor, estáis unido en Santo Matrimonio, tenéis una esposa a la que debéis respeto. Es vuestra reina y la madre de vuestros hijos.
- EDUARDO.- Intuyo tras vuestra reflexión que si no estuviera desposado, ¿aprobaríais mi relación?
- ORLETON.- Lamento deciros que no.
- EDUARDO.- ¿Por qué?
- ORLETON.- El hombre y la mujer fueron creados para complementarse, para concebir hijos.
- EDUARDO.- Es cierto, hijos que a su vez serán adoctrinados en el seno de la Iglesia para que cada día sus feligreses sean más numerosos.
- ORLETON.- Así lo quiere Dios.
- EDUARDO.- Así lo quieren los hombres. No mezcléis a Dios en esto. ¿Cómo podéis tachar de sodomita a una relación, por el simple hecho de que no demos hijos a la Iglesia para que pueda extenderse por el mundo y enriquecer más sus arcas? ¿Cómo podéis bendecir un matrimonio impuesto por la

corona contra nuestra voluntad y denostar una unión surgida del amor?

ORLETON.- Yo no escribí las leyes, mi señor.

EDUARDO.- No las escribisteis pero las aplicáis. ¿Qué diferencia hay entre amar a un hombre o amar a una mujer? ¿No somos personas? ¿Acaso no nos duelen las ausencias? ¿Es que no nos embarga la felicidad? ¿No tiemblan nuestros cuerpos por el roce del frío o por el calor de sus miradas? ¿Por qué si somos iguales nos apartáis de vuestro seno como si estuviéramos apestados?

ORLETON.- Temo que esta discusión que habéis elegido, no nos llevará a ninguna parte.

EDUARDO.- Nos llevará al amor. ¿Vos habéis amado alguna vez, Monseñor? ¿Sabéis lo que es ser feliz sólo por escuchar unos pasos? ¿Habéis deseado que llegue el día para poder miraros sólo en sus ojos? ¿Habéis sentido sed sólo para que sea calmada por su boca? ¿Creísteis que la tierra es tierra sólo porque él la pisa? ¿Qué el aire es aire sólo porque él lo respira?

ORLETON.- Yo debo mostrarme ajeno a esos sentimientos, y ocuparme de mi cargo en la Iglesia, majestad.

EDUARDO.- ¿Y ese cargo os impide amar?

ORLETON.- Amar como vos, sin duda.

EDUARDO.- Entonces si jamás habéis amado, ¿cómo podéis juzgarme? ¿Cómo podéis juzgarme si ignoráis la pasión?

ORLETON.- (*Amenazante.*) ¡Esa pasión os arrastrará al infierno!

EDUARDO.- ¡¡Bienvenido sea!!

ORLETON.- (*Escandalizado.*) ¡Majestad!

- EDUARDO.- ¡Abridme sus puertas, Orleton, prefiero mi infierno a vuestros cielos!
- ORLETON.- ¡Señor, estáis loco!
- EDUARDO.- Prefiero abrasarme en sus manos, a vivir bajo la absolución de vuestras mentiras.
- ORLETON.- ¡Sois un apostata! La iglesia jamás podrá consentir vuestras ideas.
- EDUARDO.- La iglesia, como vos habéis dicho, esta formada por hombres con ojos de niebla, hombres siniestros que hoy me juzgan y que mañana serán juzgados. Si vuestra Iglesia se niega al amor, llegará el día en que ella también será juzgada por sus crímenes y enviada sin remisión a ese infierno que tanto teméis.
- ORLETON.- ¡Sacilegio! ¡Sacilegio!
- EDUARDO.- Una vez me arrancasteis lo que más quería y me condenasteis a vuestro cielo tortuoso y yermo.
- ORLETON.- ¡Señor, tened esa lengua!
- EDUARDO.- Pero llegó él y fue capaz de presentarme otros sueños. Donde sólo habitaba la desesperanza, hizo germinar la pasión; donde sólo había angustia, hizo crecer las ilusiones; donde sólo había noche oscura, hizo que brillara su luna. Así descubrí, que había guardado mil caricias para que se adueñaran de sus manos; había escondido mil besos para posarlos en su sonrisa; y aunque no me quedaban historias para quemar en sus labios, poseía cientos de palabras que se morían por vivir en su piel, mientras le gritaban en silencio: Te amo.



*Hay una pausa. Orleton desea salir de allí cuanto antes incapaz de frenar el verbo del rey.*

ORLETON.- Señor, si me disculpáis, creo que mis escasos conocimientos no pueden ayudaros.

EDUARDO.- *(Como si no lo hubiera oído.)* ¿Y queréis que lo destierre? ¿Que lo aparte de mi lado? ¿Quién puede vivir si la incomprensión lo divide en dos? ¿Si le arrancan de cuajo el corazón?

ORLETON.- Perdon, pero...

EDUARDO.- *(Cortándole.)* Pretendéis que permita que lo asesinen como hicieron con Gaveston.

No, Orleton, ya soy demasiado mayor para renunciar a lo único que me mantiene con vida, para renunciar a su luna. Si queréis arrebatármela, tendréis que ser como ellos, esos malditos ladrones de luna que desconocen el amor. Tendréis que matarme.

ORLETON.- Señor, nadie desea mataros.

EDUARDO.- *(Con cansancio. De espaldas al prelado, como si estuviera solo en la estancia y hablara en voz alta.)* Adán Orleton, Obispo de Hereford, habéis sido juzgado y condenado por traición al rey. Todos vuestros bienes serán confiscados, y si Mortimer no es entregado a la justicia del rey, seréis decapitado.

*Orleton, retrocede, con el temor bañando su rostro, dejando solo al rey.*

EDUARDO.- Afilad las dagas, templad el acero, nombrad a los verdugos, que los ojos de niebla se apoderen del mundo; el cuello de vuestro rey aguarda para ser cercenado.

*La luz envuelve al rey. Creando el cuadro de un hombre que es consciente de que va a morir.*

*TELÓN*

## ACTO II

### ESCENA II

#### FRANCIA

*Isabel pasea nerviosa por la sala esperando el encuentro con Mortimer. Su rostro está más relajado, como si la luz de Francia iluminará su ánimo. Mortimer llega sonriente y se postra humilde ante la reina.*

MORTIMER.- Majestad, en cuanto supe que llegabais a Maubuisson emprendí camino para recibirlos.

ISABEL.- Mi fiel Mortimer.

*Mortimer recoge el bajo del vestido y deposita un beso sobre la tela. Isabel, con ciertas dudas, le acaricia la cabeza.*

MORTIMER.- No sabéis como he temido por vuestra vida. Supuse que el rey tomaría represalias contra vos por mi huida.

ISABEL.- Ya veis que no. Aunque a mí también me extrañó que me dejara partir para Francia.

*Se quedan callados. Son unos segundos de azoramiento, Mortimer continúa postrado con el vestido en su mano; Isabel retira la suya sin saber qué decir.*

ISABEL.- *(Rompiendo la pausa.)* Pero... levantaos.

MORTIMER.- Siempre estaré a los pies de mi reina.

ISABEL.- *(Divertida.)* Os agradezco la intención pero no es necesario que la llevéis hasta su última consecuencia. *(Cariñosa.)* Levantaos.

MORTIMER.- *(Levantándose pero con la cabeza inclinada.)* Majestad, jamás mi memoria podrá olvidar que arriesgasteis vuestra vida por mí.

ISABEL.- Bien, no lo olvidéis si así lo deseáis, pero prefiero veros el rostro cuando habláis conmigo. *(Mortimer levanta la cabeza. Isabel le mira a los ojos, sonriente.)* Mucho mejor así.

MORTIMER.- Gracias, mi señora.

ISABEL.- Supongo que estaréis deseoso de conocer noticias de Inglaterra.

MORTIMER.- *(Mirándola fijamente.)* Os aseguro que mi único deseo era volver a veros.

ISABEL.- *(Algo turbada.)* Ya. *(Se gira dándole la espalda.)* Pero... ¿Querréis saber el estado de vuestra familia? ¿De Lady Juana?

*Mortimer mira embelesado la figura de la reina. No la ha oído. Tras una ligera pausa sale de su ensimismamiento.*

- MORTIMER.- ¿Perdón, decíais...?
- ISABEL.- *(Girándose a él.)* ¡Hablaba de vuestra esposa!
- MORTIMER.- ¡Ah! Claro, disculpad mi desafecto, pero desde mi huida vos sois mi mayor preocupación.
- ISABEL.- Os lo agradezco.
- MORTIMER.- Soy yo quien debe agradeceros con todo mi afán, que vuestro recuerdo me haya ayudado a soportar la dureza de este destierro.
- ISABEL.- Vamos, amigo Mortimer, no habrá sido tan duro. Yo soy francesa, y conozco las simpatías que despierta un apuesto barón inglés en esta corte.
- MORTIMER.- Os puedo asegurar que mi única compañía ha sido vuestro primo Roberto de Artois. Mi ánimo no admitía lisonjas mientras vos corríais peligro.
- ISABEL.- *(Turbada ante su mirada.)* Ya... *(Vuelve a alejarse para evitar que él lo note.)* ¿No... no habéis acudido a ninguna fiesta?
- MORTIMER.- Sólo me he permitido una fiesta.
- ISABEL.- ¿Cuál?
- MORTIMER.- *(Pegado a su espalda.)* La de soñar con que algún día tendría lugar este encuentro.
- Isabel cierra los ojos y contiene la respiración. Son muchos los años sin escuchar palabras de amor hacia su persona. Le siente a su lado. Siente su respiración.*
- ISABEL.- *(Sin moverse. Nerviosa.)* Lad... Lady Juana...
- MORTIMER.- ¿Sí?

- ISABEL.- Está a salvo.
- MORTIMER.- Dios lo ha querido.
- ISABEL.- *(Separándose unos pasos.)* Se encuentra en vuestro castillo de Wigmore, con vuestros hijos, pero recluida en sus aposentos.
- MORTIMER.- *(Acercándose.)* No todas las noticias son recibidas de buen grado.
- ISABEL.- ¿Qué queréis decir?
- MORTIMER.- Orleton ha sido arrestado.
- ISABEL.- *(Asombrada.)* ¿Orleton?
- MORTIMER.- Hugo Le Despenser lo acusa de ser mi cómplice y de haber favorecido mi huida.
- ISABEL.- No os preocupéis, Mortimer, el rey jamás se atreverá a llevar a juicio a un obispo.
- MORTIMER.- Ya se ha atrevido. Lo ha juzgado y condenado. Le han confiscado todos sus bienes y aguarda en la torre para ser decapitado.
- ISABEL.- ¡Dios mío! ¡Eduardo ha perdido la poca cordura que le restaba! Debo ayudar a monseñor.
- MORTIMER.- Me temo que no podéis hacer nada.
- ISABEL.- Volveré a Inglaterra.
- MORTIMER.- No, mi señora, no permitiré que pongáis vuestra vida en peligro.
- ISABEL.- Pero él nos ha servido fielmente. Debemos evitar que ese monstruo lo decapite.
- MORTIMER.- Carlos de Valois intercederá ante el Santo Padre Juan XXII para impedir que eso suceda.
- ISABEL.- ¿Y si llega tarde? ¿Y si el mensaje del Papa no es obedecido por Eduardo?

- MORTIMER.- Entonces, Orleton se encontrará con su destino.
- ISABEL.- No, Mortimer, no puedo permanecer ajena a su desgracia. Debo volver.
- MORTIMER.- Mientras los Le Despenser gobiernen en Inglaterra, vos no volveréis a pisar su suelo. Vuestra vida es demasiado preciada.
- ISABEL.- ¿De que sirve mi vida, si hasta en Francia me persigue el desconsuelo?
- MORTIMER.- Vos sois la esperanza que aguardan con impaciencia vuestros súbditos.
- ISABEL.- ¡Esperanza! Que agradable resulta su canto cuando es el desánimo quien reina en tus días.
- MORTIMER.- Mi señora, el tiempo de vuestro sufrimiento ha llegado a su fin.
- ISABEL.- ¡Ay, Mortimer! ¡Mi buen Mortimer! Perdonad que mis oídos se nieguen a creerlos aunque mi corazón confíe ciegamente en vos.
- MORTIMER.- Si es así, dejaos llevar por él, pues los sentimientos siempre residen en su influjo pero son atropellados por la falsedad de la razón.
- ISABEL.- Han sido tantas las lágrimas silenciadas, han sido tantos los pesares acumulados, que su influjo sólo se ve asediado por el dolor.
- MORTIMER.- Mi señora, permitid que os libere y juró que no consentiré que volváis a ser humillada.
- ISABEL.- Desengañaos, valiente Mortimer, ¿qué podemos hacer nos contra el rey y esos sodomitas a los que se niega continuamente a repudiar?
- MORTIMER.- Obligarle a abdicar.

- ISABEL.- *(Interesada.)* Seguid.
- MORTIMER.- Armaremos un ejército para volver a Inglaterra y derrotar a esos advenedizos.
- ISABEL.- ¿Un ejército?
- MORTIMER.- Sí, y después le forzaremos a que abdique a favor de vuestro primogénito.
- ISABEL.- Mi hijo Eduardo aún es un niño.
- MORTIMER.- Vos regentaréis la corona hasta que él alcance la edad adecuada para ser investido.
- ISABEL.- Vasta empresa encomendáis a una débil mujer.
- MORTIMER.- Vos no sois una débil mujer, sois Isabel de Francia, mi reina y señora.
- ISABEL.- Mortimer, vuestro arrojo me conmueve, pero, ¿de dónde íbamos a sacar un ejército?
- MORTIMER.- De Holanda.
- ISABEL.- *(Sorprendida.)* ¿De Holanda?
- MORTIMER.- Juan de Hainaut y su hermano el duque Guillermo no dudaran en ayudaros.
- ISABEL.- *(Pensativa.)* El duque esta casado con mi prima Juana de Valois.
- MORTIMER.- Entre los caballeros que ellos nos brinden y el descontento de los barones ingleses con el rey, reuniremos un ejército suficiente para hacerle sufrir por todos y cada uno de sus agravios.
- ISABEL.- Os aseguro que nada calmaría tanto mi odio.
- MORTIMER.- Ni el mío.

*Confesar sus respectivos odios parece darle fuerzas a Isabel, que mira decidida a Mortimer.*



ISABEL.- ¿Y vos os atreveríais a conducir ese ejercito?

MORTIMER.- Por vos, mi señora, yo me atrevería a conducir hasta vuestra vida.

*Isabel y Mortimer se miran en silencio. De repente, como empujados por un golpe de rabia, se lanzan uno en los brazos del otro besándose con pasión.*

ISABEL.- ¡Oh, Mortimer! He soñado tanto con este instante que temo dejar escapar algunas de vuestras caricias.

MORTIMER.- ¿Cómo se van a escapar si sois su dueña? ¡Si ellas nacen para vos!

ISABEL.- Decidme, ¿que frágil deseo os empuja a ofrecerme vuestra pasión?

MORTIMER.- No es un frágil deseo, es el amor.

ISABEL.- ¿Acaso me amáis?

MORTIMER.- Os amo.

ISABEL.- Repetidlo.

MORTIMER.- ¡Os amo!

ISABEL.- ¡Oh, que elixir tan maravilloso que con oírlo se alivian todos mis males!

MORTIMER.- ¡Os amo, os amo!

ISABEL.- ¡Dios!, conceded la eternidad a sus labios, a sus palabras, a sus risas, que hoy por fin, ¡la reina se siente deseada!

*De nuevo su pasión es sellada con un fuerte beso.*

ISABEL.- *(Retirándose del abrazo.)* Aguardad, Mortimer.

- MORTIMER.- ¿Por qué, mi señora?
- ISABEL.- Porque esta pasión, a pesar de ser tan añorada, no logra esquivar el recuerdo de vuestra esposa.
- MORTIMER.- Ese recuerdo debe alentar vuestra felicidad, pues ella la deseaba tanto como yo.
- ISABEL.- Pero era mi amiga, mi dama de compañía. Y yo respondo a su afecto robándole el esposo.
- MORTIMER.- No roba quien todo lo posee. Ella comprenderá con agrado que necesitáis mi amor, como yo necesito el vuestro.
- ISABEL.- ¿Es que acaso nuestra necesidad es más imperiosa que la suya?
- MORTIMER.- Sí, mi señora, puesto que a ella la reconfortó en su tiempo. Ahora los aires tornan favorables a nuestra historia y no debemos oponer resistencia a su batida.
- ISABEL.- ¡Oh, Mortimer! Vuestras palabras me seducen tanto como vuestros besos.
- MORTIMER.- Ni las palabras, ni los besos me pertenecen, porque aunque salgan de mis labios, son los vuestros quienes lo provocan.
- ISABEL.- Benditos sean, si así fuere.
- MORTIMER.- Mi señora, es tan difícil conoceros y no amaros.
- ISABEL.- Pues amadme, os lo ordeno, amadme con tal desmesura que mi cuerpo no encuentre aliento; amadme con tal furia que palidezca el viento; amadme, mi amor, os lo ruego.

*Se abrazan con desesperación, con locura; pero tras unos segundos de besos compartidos, de repente se ven interrumpidos por un leve ruido. Ambos se separan, con cierto pudor, buscando al responsable. Lentamente aparece*

*en escena Maese Tolomei con una de sus serviles reverencias.*

TOLOMEI.- ¡Majestad!, ¡Barón de Wigmore!

ISABEL.- *(Aún con voz nerviosa.)* Maese Tolomei, vos en Francia, ¿qué deseáis?

TOLOMEI.- Primero congratularme al ver que la felicidad os embarga al pisar vuestra tierra y rogar a Dios para que os obsequie con una larga y prospera vida.

ISABEL.- Os lo agradezco, son ya muchos los años que me separaban de ella.

TOLOMEI.- Y después hacer acto de presencia ante el Barón de Wigmore, ya que vuestro primo, Roberto de Artois, me ha comunicado que deseaba verme.

ISABEL.- Mortimer.

MORTIMER.- Majestad, con vuestro permiso, le pedí que nos concertara una cita con Maese Tolomei, pues es evidente que necesitaremos disponer de ciertos recursos para reunir un ejército.

ISABEL.- Entiendo. ¿Y vos qué decís, Tolomei?

TOLOMEI.- Que sois afortunada, mi señora, porque yo no he entendido nada.

ISABEL.- Supongo que no ignoráis las discrepancias surgidas entre el rey y yo, por el favoritismo desproporcionado que otorga a sus protegidos.

TOLOMEI.- Siempre se oyen rumores, majestad, y más en estos tiempos tan difíciles, si me permitís añadir.

ISABEL.- El barón de Wigmore y yo, hemos decidido pedir ayuda a Juan de Hainaut, para formar un ejército que acabe con los

caprichos de Eduardo y la lacra que suponen para nuestro amado reino.

TOLOMEI.- Misión arriesgada, sin duda.

*Hay una leve pausa. Esperando que el banquero muestre su apoyo.*

TOLOMEI.- *(Con inocencia.)* ¿Y?

ISABEL.- Nuestras intenciones son obligar al rey a que abdique en mi primogénito. De esta manera, pondremos fin a sus perversiones e Inglaterra tendrá un gobierno justo.

TOLOMEI.- Loable empresa. *(Hace una pausa más corta que la anterior.)* ¿Y?

MORTIMER.- *(Perdiendo la paciencia.)* ¡Por todos los cielos! ¿Acaso sois incapaz de comprender que estamos reclamando vuestra ayuda?

TOLOMEI.- *(Con falsa sorpresa.)* ¿Mi ayuda?

MORTIMER.- Necesitaremos vuestro dinero para poder pagar a nuestras mesnadas.

TOLOMEI.- Mi buen señor, perdonad la torpeza que se suma a mis años y me impide razonar con celeridad. Pero como he dicho antes a su majestad, *(Con una reverencia.)* a quien Dios conserve la vida muchos años, corren tiempos difíciles para los préstamos. Para los préstamos y para las buenas causas, si me permitís añadir.

ISABEL.- ¿Debo entender por esas palabras que nos negáis vuestro apoyo?

TOLOMEI.- No, mi señora, yo nunca os negaría nada.

ISABEL.- ¿Entonces?

- TOLOMEI.- Me resulta imposible satisfacer vuestros deseos, mis humildes arcas están tan huérfanas de oro como Inglaterra de moral.
- MORTIMER.- (*Amenazante.*) Tened esa lengua, perro judío, no olvidéis que estáis ante la reina.
- TOLOMEI.- Precisamente, mi señor, me satisface que su majestad, (*Iniciando otra reverencia.*) a quien Dios conserve la vida muchos...
- MORTIMER.- (*Cortándole.*) ¡Dejaos de formulismos!
- ISABEL.- (*Pidiéndole calma.*) Mortimer.
- TOLOMEI.- Decía que me satisface que quiera restablecer en su reino las buenas costumbres perdidas.
- ISABEL.- Si tanto os satisface, ¿Por qué motivo os negáis a contribuir a ello?
- TOLOMEI.- Majestad...
- ISABEL.- No pensaréis que nos vamos a creer que vuestro banco está arruinado.
- TOLOMEI.- Es cierto, mi señora. Al igual que vos, acabo de llegar de Inglaterra, en donde el rey no ha tenido piedad de mi persona y me ha extorsionado.
- ISABEL.- ¿El rey?
- TOLOMEI.- Sí, vuestro esposo. Vos no ignoráis que el rey Eduardo se ha endeudado fuertemente con mi banco debido a la veleidad de sus consejeros, y que ha deshonrado su nombre, si me permitís expresarlo así...
- ISABEL.- Expresarlo como queráis.
- TOLOMEI.- Gracias. Pues lo ha deshonrado negándose por el momento a satisfacer los plazos de la deuda contraída.

- MORTIMER.- *(Con firmeza.)* Razón de más para que deseéis su derrocamiento.
- TOLOMEI.- Y lo deseo, barón, casi tanto como vos. Pero en nuestro último encuentro me obligó a hacerle otro desorbitado préstamo.
- ISABEL.- ¿Os obligó?
- TOLOMEI.- *(Muy afligido.)* Sí, majestad, tuve que entregarle la cantidad de tres mil florines de oro para impedir que mis entumecidos huesos fueran arrojados a la torre.
- MORTIMER.- ¡Tres mil florines de oro!
- TOLOMEI.- ¡Como oís!
- ISABEL.- *(Indignada.)* La avaricia de los Le Despenser no conoce límites.
- TOLOMEI.- Ese desventurado encuentro, unido al préstamo que le concedí recientemente al Papa para la construcción de Avignon, me ha dejado en una situación bastante comprometida.
- MORTIMER.- *(Enfadado por la mala suerte.)* Sin dinero no hay ejército, y sin ejército el rey seguirá cometiendo desmanes a su propio antojo.
- TOLOMEI.- *(Se le ha pasado la aflicción.)* Por otra parte, majestad, aunque yo pudiera ayudaros, no olvidéis que si vos lucháis contra vuestro esposo y le derrocáis, Dios lo quiera, ¿quién me pagaría a mí sus deudas?
- MORTIMER.- ¿Sus deudas?
- TOLOMEI.- Sí, barón, es notorio que a mi pesar, tengo invertido gran parte de mi capital en el rey Eduardo II, si vos conseguís la victoria, ¿quién me aliviará de su derrota?

- ISABEL.- *(Va comprendiendo la jugada del banquero.)* Entiendo, disponéis de intereses enfrentados. Si nos ayudáis, perderéis el dinero entregado al rey.
- TOLOMEI.- Nadie lo habría expresado mejor, majestad.
- MORTIMER.- Pero vos mismo habéis dicho que os obligó a prestárselo, que os amenazó. ¿Acaso no deseáis vengar la afrenta de vuestra humillación?
- TOLOMEI.- La humillación es una vieja compañera de mi cargo, barón... si no os importa, yo prefiero cobrar la deuda. *(Dejando caer la frase.)* Si alguien me asegurara que voy a cobrarla...
- ISABEL.- *(Recogiendo la indirecta.)* Maese Tolomei, imaginaos que nosotros aceptamos como nuestra la deuda contraída por el rey.
- TOLOMEI.- Es mucho imaginar, majestad, y el oro posee tantas virtudes como poca imaginación.
- ISABEL.- Os firmaré un documento comprometiéndome, como reina de Inglaterra, a resarcir esa cantidad cuando destronemos al tirano. ¿Qué decís?
- TOLOMEI.- Que sin duda sería un gran paso para que llegáramos a un acuerdo, pero... *(Se calla.)*
- MORTIMER.- *(Nervioso por otro silencio.)* ¿¡Pero qué!?! Os atrevéis a dudar de la palabra de la reina obligándola a firmar un contrato, y aún le ponéis peros.
- ISABEL.- Dejadle terminar, Mortimer.
- TOLOMEI.- Gracias, majestad. Estaba pensando en quien me garantizará el dinero que os preste a vos.
- ISABEL.- No os entiendo.
- TOLOMEI.- El destino es caprichoso, y aunque vuestra empresa sea estimable, nadie os puede asegurar la victoria. Si vos

perdieis en vuestra lucha con el rey, Dios no lo quiera, ¿Quién pagaría vuestra deuda?

MORTIMER.- *(Echando mano a la empuñadura de la espada.)* ¡A fe mía, que este perro judío no saldrá por su paso de esta estancia!

TOLOMEI.- *(Retrocede temeroso y humilde.)* Perdonad mi brutal sinceridad, pero sólo trato de hallar una solución para vuestros deseos.

ISABEL.- *(Con frialdad.)* Espero que la halléis.

TOLOMEI.- Sustentar a un ejército requiere una cantidad nada despreciable, habrá que comprar armas, alimentos, arneses... *(De nuevo hace una fingida pausa.)* Majestad, ¿vuestro primogénito sucederá a vuestro esposo ocurra lo que ocurra en la disputa?

ISABEL.- Evidentemente.

TOLOMEI.- Y según tengo entendido, próximamente será nombrado Duque de Aquitania.

ISABEL.- Sí, así es.

TOLOMEI.- *(Como si estuviera hablando solo, aunque lo dice en voz alta.)* Sin duda esa podía ser la solución, aunque no exenta de riesgo dada su temprana edad.

ISABEL.- ¿Queréis explicaros?

TOLOMEI.- Majestad, si vuestro hijo, como futuro rey Eduardo III, se compromete a garantizar vuestra deuda en caso de derrota, habremos limado las asperezas desagradables de esta conversación.

ISABEL.- Dadlo por hecho.

TOLOMEI.- Es un enorme placer hacer negocios con tan bella y gentil reina.



MORTIMER.- *(Sospechando el engaño.)* Y ahora decidme, Maese Tolomei, ¿de dónde vais a conseguir sacar los florines si estáis arruinado?

TOLOMEI.- Eso es lo de menos, barón, dispongo de amigos que me concederán su crédito, y aunque eso me impida sacar ganancias en esta operación, habré conseguido hacer un favor a su majestad... “y a vos”. Ya vendrán tiempos en los que apelemos a la memoria y podáis resarcirme gratuitamente de esta aventura.

ISABEL.- Ese es también mi deseo, Maese Tolomei, y ahora podéis retiraros.

TOLOMEI.- Con vuestro permiso, majestad, iré a disponer todo lo que necesitáis, y rogaré a Dios para que os conceda una larga y próspera vida.

ISABEL.- Que así sea.

TOLOMEI.- Barón de Wigmore.

*De nuevo Tolomei retrocede entre amplias reverencias hasta dejarlos solos.*

MORTIMER.- ¡Vive Dios que este avaro siempre consigue que pierda los nervios!

ISABEL.- Pues tensadlos, mi fiel Mortimer, que Inglaterra y vuestra reina os necesitan.

MORTIMER.- Jamás os fallaré, mi amada señora, ni en la batalla, ni en el amor.

ISABEL.- Días aciagos nos aguardan, días de lucha y penumbra.

MORTIMER.- Permitid que arroje el pesimismo que os invade, pues esos días serán borrados de vuestro recuerdo por sus noches, noches de locura y caricias desatadas.

ISABEL.- Que felicidad me embarga sólo con escuchar vuestras promesas.

MORTIMER.- No lo escuchéis como promesas sino como una realidad conquistada.

ISABEL.- Pues dejémosla entrar en mis aposentos, y que cumpla sus palabras.

MORTIMER.- Jamás creí que pudiera amaros tanto.

ISABEL.- Jamás creí que pudiera ser amada.

*Los amantes se funden en un abrazo. La luz los enmarca como un cuadro romántico de la época.*

*Oscuro.*

## ESCENA II

### INGLATERRA

*En la oscuridad, oímos los ecos tardíos de una batalla. El ejército del rey ha sido derrotado y huye en desbandada. Una luz cruda, desoladora, comienza a iluminar la escena. Eduardo irrumpe con sus ropas rotas, sucias, arrastra la espada como si su peso fuera desmesurado para sus escasas fuerzas.*

EDUARDO.- *(Abatido.)* ¡Oh, Dios!, ahórrate la profecía que acecha a mi destino, pues ya siento su carcoma amenazando mis huesos; ya siento su fiebre cuajando en mi pecho. ¿Qué será de mí? ¿Qué será de este rey al que han envenenado los días desahuciando su corazón? ¿Qué será de tu mundo si consientes que la ternura sea deshojada por el rencor? ¡Dios, cruel e ingrato que rechazas la diferencia de mi vocación! Que la sangre llueva sobre esta ciega tierra, que la alegría sea enlutada con mi dolor, que los no nacidos desgarran su virginal carne, porque hoy el amor, yace a los pies de los ladrones de luna.

Ya no habrá esperanza para los días venideros, ni caricias que mitiguen la soledad. Los labios, sellados con su escarcha, olvidarán que fueron creados para besar.

Aguardad, Caronte, que aún os resta un viajero para que podáis partir.

*Se oyen pasos apresurados. Eduardo ni siquiera mira su procedencia.*

Aquí se aproximan mis verdugos, abiertas las puertas de par en par. Aquí se aproxima mi muerte, ¡Dios de los infiernos, no me hagáis dudar!

*Orleton entra y al ver al rey con la espada en la mano, retrocede unos pasos temeroso.*

ORLETON.- *(Nervioso.)* ¡Aquí! ¡Aquí está el rey!

EDUARDO.- No temáis, Orleton, obispo de los taimados, que mi espada ya sólo desea mi carne. *(Tirando la espada a sus pies.)* Tomadla, que no os tiemble el pulso y acabad con esta historia.

ORLETON.- *(Aparta con prudencia la espada.)* Nadie desea mataros, señor.

EDUARDO.- No podéis matar a quien muerto está. Sólo reclamo que terminéis vuestro trabajo, al que os habéis dedicado con inusitado afán.

ORLETON.- Vos, con vuestra perversa conducta, sois el que habéis provocado todo el mal que está asolando nuestro amado reino.

- EDUARDO.- ¿No es irónico que alguien tan siniestro como vos, se atreva a hablarme de perversidad?
- ORLETON.- Arrepentíos, arrepentíos de cuantos pecados habéis cometido y volved a la senda de Nuestro Señor.
- EDUARDO.- Me arrepiento, Orleton, no os imagináis cuanto me arrepiento... de no haberos cortado la cabeza cuando os arrastrabais como una vulgar mujerzuela por la torre solicitando clemencia.
- ORLETON.- (*Ofendido.*) El orgullo no os servirá de ayuda en tan crítica situación, ya no os podéis permitir el lujo de insultar a vuestros súbditos.
- EDUARDO.- Os equivocáis una vez más. Si ya me habéis despojado de la vida, ¿Por qué extraña razón iba a temer decir lo que pienso de vos?
- ORLETON.- ¡Porque soy un hombre de Dios!
- EDUARDO.- ¿Pretendéis asustarme? ¿Asustar al rey esgrimiendo a vuestro incierto dios?
- ORLETON.- ¡¡Señor!!
- EDUARDO.- Ese dios al que envilecéis escondiéndolo para que no sea testigo de vuestros actos, y al que mostráis orgulloso para juzgar a los demás.
- ORLETON.- (*Cogiendo la espada.*) ¡Majestad, tened esa lengua o no respondo!
- EDUARDO.- Ese dios que os permite segar vidas y voluntades inocentes, para que su clero pueda medrar y atesorar cuantiosas riquezas.
- ORLETON.- (*Blandiendo la espada.*) ¡Callaos!

EDUARDO.- Descargad el brazo, eunuco del Señor, y vengad en su nombre todo poderoso, lo que ajusticiáis en vuestro propio interés.

ORLETON.- ¡Vive Dios que el súcubo que lleváis dentro os arrastrará a los infiernos!

EDUARDO.- Allí os aguardaré, monseñor, no tardaréis mucho en llegar, pero dejad las amenazas para vuestros temerosos feligreses que rezan por su salvación mientras poseéis a sus mujeres, y permitid que mi acero reste lo que vos no tenéis valor para quitar.

ORLETON.- ¡¡Maldito seáis!!

*Orleton, con la espada en alto, parece que va a ejecutar al rey. Pero duda...sus brazos tiemblan...*

EDUARDO.- No temáis, no me moveré del sitio para favorecer el golpe. Asestadlo con el mismo ímpetu que empleáis en los lechos ajenos.

*Orleton fuera de sí, tiembla como una hoja sin poder descargar su rabia.*

EDUARDO.- ¿Qué os ocurre? ¿Os asusta un hombre que no tiene miedo a morir? A fe que sois más cobarde de lo que presumía. ¡¡Matadme ya!!

*Ante la voz apremiante del rey, Orleton suelta un grito desgarrador y cae de rodillas al tiempo que suelta la espada. Se agarra con desesperación a la cruz que ostenta en el*

*pecho y la blande como si fuera un arma contra la figura del rey.*

ORLETON.- *(Orando con desesperación.)* ¡Vade post me, Sátana! Scándalum es mihi, quia non sapis ea, quae Dei sunt, sed ea quae hóminun. ¡Vade post me, Sátana!

*(Apártate de mí, Satanás. Eres escándalo para mí, pues no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres. Apártate de mí, Satanás.)*

*Eduardo le mira decepcionado, por no hallar la muerte deseada, mientras el obispo reza.*

EDUARDO.- Esconded vuestra cobardía bajo el manto de los latinajos, ya que sólo sois hombre para fomentar intrigas.

ORLETON.- *(Con odio.)* Os juro que vais a pagar con creces cada una de las herejías, de los sacrilegios que han sido escupidos por vuestra boca.

*Isabel y Mortimer entran presurosos y escuchan la frase del obispo.*

MORTIMER.- Conteneos, Orleton.

EDUARDO.- Llegaron los ladrones de luna, con sus ojos de niebla, ojos opacos por el odio y el desamor; ojos de niebla que les niega la verdad de cualquier sentimiento. Su mezquindad sabrá asestarme un golpe certero.

Mortimer, ahí yace mi espada si vais desarmado.

MORTIMER.- Ya no son necesarios los aceros, señor.

- EDUARDO.- Necesario es que escuchéis las promesas de vuestra venganza y las cumpláis.
- ISABEL.- Os equivocáis, majestad, nadie desea provocaros ningún daño.
- EDUARDO.- Entonces, ¿a qué habéis venido? ¿Acaso no habéis encontrado el cariño que tanto ansiabais en vuestra amada Francia?
- MORTIMER.- Hemos venido a hacer justicia.
- EDUARDO.- ¡Justicia! Equívoca palabra cuyo significado depende de quien la administre.
- ISABEL.- Significado que vos ignorabais, ya que nunca la habéis sabido administrar.
- ORLETON.- Y su valor se ve ensuciado al ser pronunciada por vuestros labios.
- EDUARDO.- Dedicaos a la justicia divina, obispo, la terrenal ya ha nombrado a sus propios verdugos.
- MORTIMER.- Monseñor, sería conveniente que nos dejarais con el rey a solas.
- ORLETON.- Como vos deseéis, Mortimer. Iré a ultimar algunos preparativos.
- MORTIMER.- Gracias. Cuando hayáis terminado regresad como habíamos acordado.
- ORLETON.- *(A la reina.)* Majestad.

*Orleton hace mutis regalando una mirada de odio al rey.*

- ISABEL.- Eduardo II Plantagenet, como reina de Inglaterra os acuso de traicionar el juramento que hicisteis en la coronación a vuestros barones...



EDUARDO.- *(Cortándola.)* Pronunciad la sentencia que arde en vuestro pecho y acabad de una vez con esta ridícula simulación de juicio.

MORTIMER.- *(Amenazante.)* A partir de hoy, tendréis que escuchar con el debido respeto todo cuanto la reina quiera deciros.

EDUARDO.- El íncubo ha hablado.

*Mortimer hace un gesto de sacar la espada pero su mano es frenada por la reina.*

ISABEL.- Por nombrar a Hugo le Despenser duque de Gloucester y lord Chambelán. Permitiendo que deshonre con su avaricia tales cargos.

EDUARDO.- Os aseguro que si mil cargos me hubiera exigido, dos mil le habría entregado. Pues no es de bien nacidos ser avaro con quien te devuelve a la vida.

ISABEL.- *(Con furia.)* ¡Esa vida que le concedéis a la lujuria, la teníais obligada con vuestros súbditos!

EDUARDO.- Dejad los reproches mudos pues mis oídos ya están gastados con sus quejas. No es tiempo de reparar el pasado, sino de negarme el futuro.

ISABEL.- *(Vuelve a cierta amabilidad.)* Nadie desea negaros lo que merecéis y es vuestro.

EDUARDO.- *(Desconfiado.)* Entonces, ¿Qué pretendéis de mí?

MORTIMER.- *(Firme.)* Que abdiquéis en vuestro hijo.

*A Eduardo se le escapa una ligera sonrisa que bien podría ser un rictus de dolor, al confirmar sus sospechas.*

- EDUARDO.- ¿Eso es lo que desea, mi señora? O más bien, ¿lo que deseáis vos?
- MORTIMER.- ¡Es lo que desea vuestro pueblo!
- EDUARDO.- ¿A quién llamáis pueblo? ¿A los campesinos? ¿A los artesanos? ¿A los soldados? O ¿A los barones cegados por el ansia de poder?
- MORTIMER.- Vos no sois el más indicado para reprobar el ansia de poder de los nobles, cuando lo habéis entregado y de forma desmesurada a quien no debía ostentarlo.
- EDUARDO.- Pero si lo soy para negarme a vuestros deseos. ¿Por qué queréis que abdique? Matadme, Mortimer. Matad al rey y tendréis por derecho lo que vuestra ambición reclama con subterfugios.
- ISABEL.- Queremos llegar a un acuerdo. ¿Acaso no ha corrido ya demasiada sangre?
- EDUARDO.- (*Hundido al recordar las pérdidas.*) Demasiada; los ríos callaron su canto al ocultar sus aguas con la sangre de mis fieles, la tierra gimió al recibir en sus entrañas tanto cuerpo mutilado, tanta carne desgarrada. El llanto de sus madres romperá el alba y la noche, y no habrá consuelo para ellas, como no hubo acuerdo para ellos. ¿Por qué yo habría de ser diferente?
- MORTIMER.- Porque sois el rey.
- EDUARDO.- Ya sólo soy el dolor del mundo.
- ISABEL.- Eduardo, abdicar en nuestro primogénito y evitad más muertes.
- EDUARDO.- ¿Dónde se encuentra mi hijo?
- ISABEL.- En lugar seguro.
- EDUARDO.- Traedlo a mi presencia.

- ISABEL.- ¡No!
- EDUARDO.- ¿Queréis privarle del placer o del dolor de ver a su padre vencido? Humillado por quien reclama en su nombre el trono de Inglaterra.
- ISABEL.- Es sólo un niño.
- EDUARDO.- Un niño al que no dudáis en utilizar para conseguir vuestros propósitos, y al que vais a convertir en rey. Quiero ver a mi hijo.
- ISABEL.- ¿¿Cómo podéis ser tan cruel incluso con la sangre de vuestra sangre!?
- EDUARDO.- (*Vehemente.*) ¡Quiero ver a mi hijo!
- MORTIMER.- (*Mostrando el documento.*) No lo veréis hasta que no hayáis puesto vuestro sello.
- EDUARDO.- (*Con rabia.*) ¡¡Quiero ver a mi hijo!!
- MORTIMER.- Abdicar y vuestros deseos os serán concedidos a la mayor brevedad.
- EDUARDO.- ¡Nunca! Codiciáis gobernar el reino y pretendéis esconderos con el nombre de mi primogénito. Jamás serviré de coartada para vuestros arteros planes. ¡Matadme si tanto deseáis ceñiros la corona!
- ISABEL.- Si vuestra única ambición es la muerte, ¿qué os importa lo que ocurra en vuestro reino?
- EDUARDO.- Traedme a mi hijo, reina adúltera, que él no ignore como ha conseguido su nombramiento.

*Mortimer calma a la reina con una mirada y decide cambiar de actitud.*

MORTIMER.- *(Ladino.)* Si vuestra vida carece de valor, quizá haya alguna que deseéis salvar.

EDUARDO.- *(De nuevo hundido al recordar a Hugo.)* El nombre que vuestra perfidia oculta, ya sólo existe en los amados recovecos de mi memoria.

MORTIMER.- Pensadlo bien, si cometéis el error de no escucharnos, nadie podrá salvarle.

EDUARDO.- ¿Hugo está vivo? *(El rey busca en sus miradas una respuesta que no halla.)* No, no te dejes engañar por las mentiras que arrojan sus labios, tú mismo viste como era doblegado por sus mesnadas, como sus gritos eran ahogados por tus lamentos.

ISABEL.- *(Le tira un anillo.)* ¿No es este el anillo que vos regalasteis al Lord Chambelán?

*Eduardo coge el anillo entre sus manos.*

EDUARDO.- ¡Su anillo!

MORTIMER.- Quizá ahora no estéis tan dispuesto a morir.

EDUARDO.- Su cuerpo sería despojado como antes lo fue nuestro amor. Este anillo que me entregáis no significa nada.

ISABEL.- Abdicar y saldréis de dudas.

EDUARDO.- ¡Señor!, ¿Por qué la esperanza lanza sus brillos apagando mi cólera? ¿Por qué sus palabras cierran la puerta de la eternidad que ya me aguardaba? ¿Por qué sus promesas disfrazan la hipocresía que habita en sus ojos?

MORTIMER.- Si sois inteligente, hallaréis pronto la respuesta a esas preguntas. No podíamos matar a Le Despenser hasta no haber negociado con vos.

EDUARDO.- *(Aferrándose a la idea.)* Sí, cierto. ¿Por qué su odio iba a permitir que la vida de Hugo fuera segada por brazos desconocidos?

ISABEL.- Poned vuestro sello, y os reuniréis con él.

EDUARDO.- Tiempo habrá para ocupar los sepulcros, dejaré que vuestro engaño me sirva de mortaja.

MORTIMER.- *(Le tiende el documento.)* Si estáis decidido, certificar vuestra abdicación.

EDUARDO.- *(Coge el documento.)* Sed clementes y despojadme de las miserias de ser rey. *(Saca el sello que llevaba atado bajo la ropa.)* Le amo, y su amor es tan mío, como vuestra la corona de Inglaterra. *(Estampa con fuerza el sello sobre el papel y les entrega todo.)*

*Orleton aparece en escena, lleva algo envuelto en un trapo.*

ISABEL.- Orleton, llegáis justo a tiempo. El rey acaba de abdicar a favor de nuestro primogénito.

ORLETON.- Sabia decisión.

EDUARDO.- ¿Hugo? ¿Dónde está Hugo?

MORTIMER.- Debemos reunir a los varones para comunicarles la grata noticia.

EDUARDO.- Necesito verle.

ISABEL.- Cuanto antes celebremos la coronación, antes nuestro pueblo habrá recobrado la libertad.

EDUARDO.- Llevadme con él.

ISABEL.- *(El odio contenido sale ahora sin disimulo.)* No tengáis tanta prisa, mi señor, pues el infierno siempre mantiene sus puertas abiertas.

- EDUARDO.- *(Temeroso.)* ¿Qué estáis insinuando?
- ISABEL.- Que vuestro Hugo Le Despenser fue atado a una cruz de San Andrés.
- EDUARDO.- ¡No!
- ISABEL.- Y mientras el verdugo, con unas tenazas, le cortaba el miembro, su ayudante proclamaba que semejante castigo era por ser sodomita, por favorecer al rey en la sodomía, y por haber expulsado a la reina de su lecho.
- EDUARDO.- *(Cae al suelo desesperado.)* ¡Dios!, cerrad esa boca venenosa que hunde sus colmillos en mi alma.
- ORLETON.- ¿Ahora llamáis a Nuestro Señor? ¿Ahora que las llamas de averno se regocijan ante vuestra llegada? Pues sabed que el verdugo, tras abrirle pecho y vientre como si fuera un cerdo, arrancó su corazón y lo echó a la hoguera, mientras el ayudante proclamaba que ese castigo era por ser falso de corazón y haber deshonrado al reino.
- EDUARDO.- *(Haciéndose un ovillo.)* ¡Basta! No me dejéis a merced de estas serpientes.
- MORTIMER.- Y tras cortarle la cabeza para mostrarla en una pica, su cuerpo fue dividido en cuatro porque cuatro son las ciudades de Inglaterra que deben aprender su ejemplo.
- EDUARDO.- *(Tapándose los oídos.)* No, no, no.
- ISABEL.- Y las trompetas sonaron con fuerza por alguien que no merecía ni el polvo que cubría sus vestiduras.
- ORLETON.- Pero no lloréis su ausencia, mi señor, pues os traigo un presente para que contempléis lo que tanto amasteis.

*Orleton deja caer al suelo, al lado del rey, el pene sanguinolento, que llevaba oculto en la tela. El rey lo mira horrorizado.*

EDUARDO.- ¡Malditas sean las manos que humillaron tu hombría!  
¡Malditas las gargantas que festejaron tu muerte! ¡Maldito sea el filo que me robo tu aliento y el cadalso donde hirieron tu cuerpo!  
¿Qué oblicuos intereses nos han separado el placer de la carne? ¿Qué insensatas palabras provocaron el azote de miles de lenguas? ¿Qué falso espejo nos ocultó la imagen de su vileza?

Mas no he de llorar, no he de permitir que el llanto acompañe nuestro destino. Abriré las puertas a nuestro recuerdo, y tu dulce semblante borrará el dolor de mi rostro. Que no hay mayor felicidad que la de haber sido amado, ni mayor dicha que la de morir con tu nombre en mis labios.

*Se levanta y mira con osadía a los traidores.*

EDUARDO.- No me hurtéis la mirada y temblad por los días que aún os faltan. Que no hay traición que no reciba el salario estipulado, ni maldición que no sea escuchada. Y yo os maldigo, asesinos, que el peso del mundo caiga sobre vuestras espaldas, que el diablo os entregue el rostro que os merecéis, y que Aqueronte os ahogue en sus gélidas aguas. Pues vuestra unión nace del odio, y ese odio que me profesáis en el corazón aguarda; no habrá noche que la calma

deje huella en vuestra almohada, ni mañana en que vuestras risas no sean por el viento apagadas.

Y ahora entregadme a mi futuro que ya presiento cercano el tiempo de las alabanzas.

ORLETON.- *(Indicándole el camino.)* Por aquí, mi señor, la guardia os espera.

*Eduardo, caminando majestuosamente, sale de escena. La luz descende en intensidad. La reina parece turbada.*

MORTIMER.- ¿Qué os ocurre, mi señora, por qué el temor os asalta?

ISABEL.- Son sus palabras, Mortimer.

MORTIMER.- Las palabras de un difunto poco daño pueden causar a los vivos.

ISABEL.- ¿Difunto?

MORTIMER.- Tanto como el sodomita de su compañero.

ISABEL.- No podemos ejecutar a un rey ungido.

MORTIMER.- Lo que no podemos es dejarle con vida.

ORLETON.- Mortimer tiene razón, majestad. Los favores del pueblo cambian como el aire en primavera. Sería un riesgo dejar al rey prisionero en una celda.

ISABEL.- ¡Dios! ¿No lo entendéis? Si los nobles o incluso mi propio hijo son conscientes de que hemos ejecutado a Eduardo, pronto llegará el día en que una decisión no ajustada a sus gustos, les haga reclamar su venganza.

MORTIMER.- Vivo es un peligro y muerto una amenaza.

ISABEL.- Vos lo habéis dicho.

MORTIMER.- Orleton, adelantad nuestros planes.

ORLETON.- Como vos mandéis.



*La reina los mira intrigada.*

ORLETON.- Majestad, hay una solución. El rey debe morir, sin ser muerto.

ISABEL.- No os entiendo. Explicaos mejor.

ORLETON.- Si el rey es asesinado sin pruebas de violencia en su cuerpo, a nadie se le podrá exigir la autoría del delito.

ISABEL.- ¿Acaso pretendéis envenenarlo?

MORTIMER.- No, mi señora, el veneno deja rastros en el cuerpo que bien pudieran delatarnos.

ORLETON.- Debemos enseñar su cadáver para que vean que no hay llagas ni heridas.

ISABEL.- Y entonces, ¿qué habéis planeado?

ORLETON.- El rey morirá por donde ha pecado.

*La reina traga saliva mirando aterrada a su obispo.*

ISABEL.- *(Tras una ligera pausa. Y con la mirada baja.)* ¿Cómo habéis pensado semejante atrocidad?

MORTIMER.- Señora, así no habrá pruebas visibles. No tenemos otra opción.

ISABEL.- Mortimer, ¿estáis convencido de lo que decís?

MORTIMER.- Sí, plenamente. Si no lo hacemos nuestra lucha no habrá servido de nada.

ISABEL.- No quiero verlo, no puedo ser testigo de este acto.

ORLETON.- Marchaos, majestad, yo me ocuparé de aliviar vuestros problemas.

ISABEL.- Mortimer, sacadme de aquí.

MORTIMER.- Como vos deseéis, mi señora. Orleton, proceded a la ejecución.

*La noche va cubriendo y la luz baja aún más su intensidad.  
Orleton se acerca al lateral.*

ORLETON.- ¡Traed al prisionero!

*Por el lateral aparece un verdugo empujando un carro o especie de cuadrado con ruedas, donde el rey va atado. Su tronco descansa sobre la superficie con los brazos amarrados a las esquinas, mientras que las piernas cuelgan por la parte posterior, y supuestamente van abiertas y atadas igual que las manos. Diríamos que su cuerpo forma una L. La parte trasera del carro no puede ser vista.*

EDUARDO.- ¿Qué vais a hacerme, Orleton? ¿Dónde está la reina? ¿Y Mortimer?

ORLETON.- Señor, como os juré, vais a pagar por vuestros pecados.

*El carro es colocado dando el rey la cara al público. Y el verdugo sale de escena.*

EDUARDO.- *(Intenta mirar a su alrededor pero la postura apenas le deja mover el cuello.)* ¡Maldito, seáis Orleton! Si vais a matarme, coged mi espada y enviadme al infierno.

ORLETON.- Majestad, ahora las órdenes las doy yo. Rezad por vuestra alma antes de que se abra en el averno.

EDUARDO.- ¡Soltadme! ¡Soy el rey! ¡Merezco una muerte digna!

ORLETON.- Desengañaos, mi señor, no hay muerte digna.

*El obispo abre sus brazos en un gesto mesiánico para iniciar una oración. Un foco ilumina su figura dándole un aspecto diabólico. Otro ilumina la cara horrorizada del rey. El resto de la estancia está a oscuras.*

ORLETON.- ¡Venit hora! Amen dico vobis, Vae mundo ab scándalis, vae hómini, per quem scándalum venit. Si autem manus tua vei pes tuus scandalizat te, ábside eum et próice abs te. Dixit dóminus. *(Ha llegado la hora. En verdad os digo que, Ay, del mundo por los escándalos. Ay, del hombre por cuya culpa se produce el escándalo. Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo lejos de ti. Dijo el Señor.)*

*El verdugo sale a escena, su figura apenas se vislumbra pero si vemos claramente un hierro al rojo vivo que camina hacia el rey.*

EDUARDO.- *(Al escuchar unos pasos. Inquieto.)* ¿Quién viene?  
¡Orleton!, ¿Quién se acerca a mis espaldas?

ORLETON.- *(Transido.)* ¡La justicia de Dios!

EDUARDO.- ¡Maldito seas! ¡Soltadme! ¿¡Qué vais a hacer!?

ORLETON.- *(Como poseído por su fe.)* Eduardo Plantagenet, yo obispo de Hereford os condeno a morir por el nefando sitio que habéis pecado...

EDUARDO.- ¡No! ¡No! ¡No!

*El verdugo está detrás del rey con el hierro en alto.*

ORLETON.- ... ¡Rogad para que el Señor en su misericordia perdone vuestros numerosos pecados, ya que los hombres no podemos perdonaros!

*El hierro desciende de posición hasta que perdemos el brillo de su fulgor tras la espalda del rey. Justo al terminar el obispo, la cara del rey se transforma en una máscara de dolor al tiempo que, fundiéndose con la última palabra de Orleton, un grito horrible se escapa de su garganta.*

EDUARDO.- ¡Nooooooooo!

OSCURO

TELÓN